

MASONISMO Y CATOLICISMO.

PARALELOS

ENTRE LA DOCTRINA DE LAS LOGIAS

Y LA DE

NUESTRA SANTA IGLESIA, CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA,

ÚNICA VERDADERA,

POR D. FÉLIX SARGÁ Y SALVANY, PROO.,

director de la Revista popular.

Principalmente arrancad á la
Masonería la máscara con que se
cubre y mostradla tal cual es.

(*Leon XIII en su Enciclica hu-
MANUM GENUS!*).

CON LICENCIA ECLESIASTICA.



BARCELONA.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 3.

1885.



INTRODUCCION.



LA primera impresion de asombro causada en el mundo por la gravísima Encíclica *Humannum genus* de Su Santidad contra la Masonería, que conocen todos nuestros lectores, sucedió en todo el ardoroso y encendido debate sobre los puntos principales de este documento, el más trascendental quizás de cuantos en el presente siglo se han dirigido á los católicos desde la suprema Cátedra del Vaticano. No es tal documento de los que pueden más ó menos ser ahogados por la secta ó con la confusion de los dictérios y baladronadas, ó con la miserable conspiracion del silencio. No, esta voz soberana se impuso desde luego á todos los acontecimientos del dia, porque ella es aún hoy el mayor y más solemne acontecimiento: sobrepujó todos los clamores de la prensa y del club, porque era demasiado alto su

origen y demasiado poderoso su ascendiente moral para que nada ni nadie lograra dominarla. Aún hoy tienen que hablar y escribir de eso, quieran no quieran, todos los que tengan lengua para hablar y pluma para escribir: buenos y malos, católicos y racionalistas. Porque la Encíclica halló en todas partes eco adverso ó favorable, de todas partes se la está aún recibiendo con absoluta sumision ó con descarada rebeldía, en ninguna con desden ó indiferencia.

De eso hemos de hablar, pues, tambien nosotros; que pues tenemos, y á mucha honra, un puesto, aunque humilde, en el moderno combate, no podemos, ni debemos, ni sabríamos rehuirlo en la presente ocasion.

El primer efecto, decíamos, que produjo en el mundo la palabra pontificia, fué admiracion, asombro, hondo estupor. ¿Cómo? se decian no pocos; ¿á eso se atreve aún el Pontificado? Puesto el pié en el estribo, como tal vez podria decirse, para escapar fugitivo de Roma el oprimido Pastor, ¿osa así encararse tan resueltamente con los poderes del dia, todos, con rara excepcion, comprendidos en los anatemas que lanza contra la secta masónica? ¿No espera algo de Inglaterra y de Prusia? ¿Cómo lanza, pues, ese guante atrevido á los masones coronados de Prusia é Inglaterra? ¿No dicen se hallará luego en el caso de pedir á cualquiera de ellos un asilo donde mantener un último resto de independencia? ¿Cómo, pues, se cierra todas esas puertas

con esa inoportuna declaracion de guerra á todo el mundo oficial?

Realmente hay que confesar que á mucho se expuso el Papa con ese sonoro bofetón aplicado por su suprema autoridad á las mejillas de todos los democráticos ó aristocráticos revolucionarios de los tiempos presentes. ¿A mucho se expone? luego á mucho se atreve. ¿A mucho se atreve? luego para mucho se siente aún con bríos ese, según dicen, agonizante poder. Es que respira fuerte, muy fuerte, amigos míos, y da que hacer aún á los vivos más vivos ese moribundo que nunca acaba de morir. Ved lo que pasa hoy. Para mostrar al mundo que para nada cuenta con él para su auxilio, y que nada teme de él en su daño, quema, por decirlo así, sus naves ese insignie caudillo de las armas espirituales, y nuevo Hernán Cortés, aborda impávido las escabrosas costas de la Revolución; métese á la ofensiva, á sangre y fuego, en lo más adentro de sus fortificados baluartes; busca cuerpo á cuerpo al monstruo para herirle en el centro del corazón. Y le ha herido ¡vive Dios! con certera estocada, y aquí la tenemos á la fiera revolviéndose en desesperadas convulsiones, chorreando inmunda sangre, anunciando con horrendo bramido el furor de su iniciada derrota.

Eso por lo que mira á la Revolución fiera. Mas para nosotros es de indudable certeza que la peor y definitiva herida mortal quien más directamente la recibió con la Encíclica es la Revolución

mansa, ó sea el llamado catolicismo liberal. El *Syllabus* fué su sentencia de muerte. La Encíclica *Humanum genus* es su ejecucion y su entierro.

Andaban predicando á todas horas esos señores revolucionarios á medias, que son los peores de todos por lo mismo que no lo quieren parecer, que andaba extraviada la saúísima estrategia de los más firmes católicos en provocar contra el enemigo de hoy los rudos combates que todos sabemos. Por miedo á no sabemos qué conflictos de cada dia, querian que nada ó muy poco se hablase de esas cosas, y siempre por lo menos en estilo que pudiese ¡raro empeño! vencer al enemigo sin irritarle ó siquiera mortificarle; que se combatiesen onhorabuena las sectas de otros tiempos, pero nunca, eso no, la secta de hoy, como si en nuestros combates los católicos debiésemos atenernos á aquello de *á moro muerto gran lanzada*, que es ciertamente muy pacífico modo de combatir y que cuesta pocos disgustos; que por fin se guardase en todo la ley, no de la oportunidad, que esa es gran ley, sino la del oportunismo, que es su falsificacion y vil parodia. Y hé aquí que en medio de todo eso truena súbito desde su Sinai la voz del Papa; sanciona con esta Encíclica, que será en adelante la expresion más completa del Decálogo antirevolucionario, toda la Propaganda que durante los últimos años han venido sosteniendo con tan dolorosos sinsabores los adalides más firmes de la intransigencia católica; provoca contra toda apariencia de oportu-

nidad, es decir, contra toda ley de oportunismo, la cuestión más candente de todas, en el momento más crítico de todos, contra las personas y cosas más autorizadas; dejando resuelta y sentada una vez más una verdad hoy por muchos desconocida, á pesar de ser de simple buen sentido; esto es, la de que nunca es mejor tiempo de combatir que cuando hay enemigos que presenten ó acepten el combate.

La Encíclica *Humanum genus* con sólo decir: «Aquí estoy,» logró, pues, dos grandes victorias para la buena causa de la verdad. A la Revolución fiera le dió la medida de su valor y de su fuerza. A la Revolución mansa una vez más la desmintió y desenmascaró. Y á todos los católicos nos ha dado con esto á la vez un gran consuelo y una gran lección. El consuelo de saber que combatíamos bien, muy bien, cuando hablábamos tiempo há como habla hoy el Papa: la lección de que prosigamos combatiendo desde hoy más con nuevo entusiasmo y valor, y siempre de esta manera.

Vamos en este opúsculo á escribir un sencillo comentario popular á este gravísimo documento del Soberano Pontífice. Conocer al enemigo es tener ya muchísimo adelantado para vencerle. Demos, pues, á conocer al mundo de hoy, engañado quizá más que perverso, las doctrinas de esa secta infernal cuya organizacion material es lo de menos, pero cuya propaganda continua en el orden de las doctrinas es seguramente su peligro mayor.

Con esto creemos sencillamente cumplir un deber. Estimen tambien nuestros lectores como deber suyo contribuir en lo que puedan al desarrollo de estas ideas y á su difusion, particularmente entre la clase humilde y menos ilustrada, más expuesta por lo mismo á las seducciones de la secta infernal.

Sabadell, mes del sagrado Corazon.—1885.





MASONISMO Y CATOLICISMO.

I.

¿A qué esa nueva condenacion que de la Masonería y de sus doctrinas acaba de publicar en la Encíclica **Humanum genus** el Romano Pontífice?—Si son iguales Masonismo y Masonería.

EL objeto de la Encíclica *Humanum genus* es la condenacion de la Masonería. Ya repetidas veces reprobada y anatematizada por el oráculo de Roma en anteriores Pontificados esta secta infernal, lo primero que ocurre aquí preguntar á propósito de esto es lo siguiente: ¿A qué esa nueva condenacion de ella, si habia ya

sobre la misma fallo oficial de la Iglesia, fallo tan autorizado como el presente, fallo, por consiguiente, de igual fuerza y obligacion para los verdaderos católicos? ¿A qué hablarnos ahora el Papa otra vez de eso, y á qué tanto ponderarlo los ultramontanos como última novedad?

Vamos á responder, segun nuestro pobre entender, á tales dudas, y ellas mismas nos darán pié para estudiar y alcanzar cumplidamente la especial importancia que sobre todos los demás de igual índole reviste el referido documento.

La Masonería estaba ciertamente condenada ya con este mismo nombre desde larga fecha, y nuestro mismo Santísimo Padre hace constar dichas condenaciones de sus gloriosos Predecesores. Así que, pecado era pertenecer á la Masonería, y secta maldita era ésta ya, como ahora, desde que por vez primera la declaró satánica y anticristiana el Maestro universal. Lo que no habian hecho los anteriores documentos pontificios era tan ámpliamente definirla, retratarla, fotografiarla en sí y en sus obras, como acaba de hacer el actual Vica-

rio de Jesucristo. Y en esto estriba lo más grave y trascendental de la presente Encíclica. Es pésima la Masonería, es crimen ser mason, lo sabíamos ya y lo predicábamos todos los católicos. Empero ¿qué es ser mason, qué doctrinas son las esencialmente masónicas, hasta qué punto está envenenada de Masonismo la actual sociedad? Eso es lo que ignoraban muchos, aún entre los buenos; eso es lo que no pocos, aún sanos católicos, no querían acabar de comprender; eso lo que para muchos era tan sólo enojosa manía y fastidiosísimo tema convencional de fanáticos é intransigentes. De suerte que el principal alcance de la palabra pontificia ha sido esta vez, después de condenar nuevamente á la secta, desenmascararla; después de reprobarla, retratarla; con llamar la atención del mundo sobre la Masonería, llamársela sobre el Masonismo. Comprendiéndolo de esta manera, después de prolijo y atento estudio de la palabra de Leon XIII, hemos rotulado los presentes capítulos, no Masonería y Catolicismo, que parece habia de ser fórmula más concreta, sino *Masonismo y Catolicis-*

mo, que es más comprensiva de todo el concepto masónico. Porque, á nuestro humilde sentir, el sentido principal y más exacto y apropiado de la Encíclica está aquí.

Alguien tal vez se reirá de esta nuestra distincion, calificándola de sobradamente abstracta y metafísica, cuando no de arbitraria y pueril. Vamos á demostrarle á ese, que no es sino muy práctica y material y de aplicacion indispensable é inmediata.

Es la Masonería una sociedad ó secta, hasta nuestros dias casi absolutamente secreta, hoy pública y oficial y callejera, poco menos que cualquier legal institucion. Tiene su organizacion, doctrinas, procedimientos, iniciaciones, juntas, etc. Son masones los que á ella se han afiliado y de ella no se han desprendido por abjuracion formal. Esto es en abreviatura lo que se llama Masonería. Por ahora nos basta dar de ella ese concepto fundamental.

Pero eso es la Masonería y son los masones, empero no es aún el Masonismo. El Masonismo es algo más, es mucho más. Y

este es el blanco principal y más extenso á que se dirigen, como se puede ver, los tiros certeros de la Encíclica *Humanum genus*. El Masonismo es la doctrina masónica que suelen tener y profesar y practicar, y realmente tienen y profesan y practican, muchos que *materialmente* no pueden ser llamados masones porque no están materialmente inscritos en los registros de la Masonería. El Masonismo es la influencia masónica en las leyes, en la diplomacia, en las lecturas, en las diversiones, en la beneficencia, en la enseñanza y en todas las esferas de la vida social. De todo lo cual se puede ser cómplice y fautor y reo sin estar precisamente afiliado á las logias ni vestir el ceremonioso mandil. Más claro y acudiendo á nuestro recurso más comun y popular, que es el de las comparaciones. La luz que llaman *difusa* los físicos y que es la que alumbra de día al mundo y áun los lugares de él en que no dan los rayos del sol, no es ciertamente el sol mismo, no es el disco solar. Es luz solar, empero, aunque no sea el disco del sol, y de éste recibe toda su belleza, esplendor y benéficos in-

flujos. Así en el caso presente. El Masonismo viene á ser el resplandor, la irradiación *difusa* de ese negro foco de perversidad anticristiana que se llama la Masonería. Llega mucho más allá de lo que alcanza ésta: envenena y corrompe y mata masónicamente hasta á no pocos que ignoran existan masones y masonerías, y hasta á muchos que se figuran tal vez aborrecer todo eso. Efecto de ese Masonismo, ó Masonería *difusa*, para nosotros mucho peor que la Masonería en su sentido concreto y material, es el horrible poder que tienen hoy las logias en el mundo, y que ciertamente no lo tendrían si sólo debiesen contar con el esfuerzo de sus materiales afiliados, y no les ayudasen y sirviesen con la proteccion más eficaz muchos y muchísimos masones inconscientes, es decir, católicos impregnados, á su pesar alguna vez, otras por culpa suya, del más refinado Masonismo.

Ya nos parece no encuentran tan aérea y metafísica nuestra distincion algunos de los que al principio quizá se rieron de ella. Ya se nos figura que empiezan á columbrar

á dónde vamos con este modo de plantear la cuestion , desde cual punto de mira son inmensos, inmensísimos los horizontes que se dilatan á nuestra vista. Ya verán como, tomando una á una las palabras del Papa, especialmente aquella tan enérgica que encarga *desenmascarar* á la Masonería ; ponemos , con el divino favor, el dedo en la llaga y encontramos en el admirable documento de Roma el diagnóstico de toda la enfermedad social presente. Cuya primera raíz ó generador es la Masonería , cuyo efecto general y de más trascendentales resultados es lo que hemos llamado Masonismo, cuya denominacion vulgar y usual, aunque sancionada tambien como técnica por Roma en otros documentos, es ¿por qué no hemos de decirlo nosotros tambien? la de Liberalismo.

Verémoslo, Dios mediante, en los subsiguientes capítulos. La indicada distincion marca ya de antemano la division natural de nuestro trabajo. Primeramente diremos de la Masonería *materialiter*, ó sea de la secta en concreto, y esto sólo por via de composicion de lugar. En segundo lu-

gar, y como objeto principalísimo, dirémos de la Masonería *formaliter*, ó sea del Ma-sonismo y de las obras é influencias masónicas en general.

El Papa ha abierto la brecha ; por ella hemos de pasar sin miedo ni humanos res-petos todos los que nos gloriamos de obe-decer á tan seguro Capitan.

II.

De la existencia en el mundo actual de ese horrible foco de anticristianismo que se llama la Masonería.

Lo primero que hace la Encíclica *Humanae generis*, tocante á la Masonería, es afirmar su existencia.

Y no parezca de poca monta esta afirmacion para que deje de señalársela aquí como importantísima. La estrategia de los sectarios, al sentirse heridos por la condenacion apostólica, ha sido siempre la misma. Primeramente asegurar en tono de burla que no hay tal error ó secta contra

quien se dispare el anatema, y que tal herejía es sólo un mito que se ha forjado el Papa en su imaginación. Después viene siempre lo de distinguir entre un concepto bueno y un concepto malo de la doctrina reprobada, pretendiendo que en tal sentido tiene razón de ser la condenación, pero no en tal ó cual otro, que es siempre precisamente el que la necesita más. El Arrianismo y el Pelagianismo, que fueron en los primeros siglos las herejías más formidables, y el Jansenismo y el Liberalismo, que han sido las peores de los últimos tiempos, brillaron entre todas por la habilidad con que supieron mantenerse parapetadas largo plazo tras esas diabólicas trincheras. Contra esas tortuosidades serpentinales, que más que otro rasgo alguno acreditan la perfidia de su raza, ha opuesto siempre la Iglesia la infalibilidad de sus enseñanzas, no sólo en lo que toca á las doctrinas especulativamente ó ideológicamente consideradas, sí que en lo relativo á su existencia práctica en el orden de los hechos, bien se hallen consignadas en un libro, bien encarnadas en una secta ó ins-

titucion. De suerte que la autoridad decisiva del magisterio pontificio versa no solamente sobre el dogma y enseñanzas opuestas á él, sino tambien sobre el *hecho dogmático*, es decir, sobre lo que podríamos llamar su realizacion práctica en la esfera social. No es, pues, ocioso que el Papa empiece su gravísimo documento afirmando la existencia de la Masonería.

Y por poco que se conozca el mundo miserable en que vivimos hoy dia, mundo que á pesar de sus fastidiosas pretensiones de culto y de ilustrado es tan necio á veces y tan niño como el de otros siglos, y en no pocas cosas mucho más crédulo y fácil de engañar; por poco, repito, que se conozca el mundo infeliz con quien tratamos, se verá luego que lo primero que convenia era esa solemne y autorizadísima afirmacion. Aún no hace un año hablábamos nosotros con persona de hábitos largos y que pica de ilustrada, y que realmente en algo lo es, y con asombro oímos de sus labios la magistral sentencia de que la Masonería era un fantasma, y que éramos poco menos que niños de teta que tienen miedo

al bú los que á todas horas andábamos ocupándonos en ella. Y son muchos, ó han sido muchos hasta hoy, los que han creído que realmente eso de la Masonería era un recurso de efecto inventado por oradores y periodistas ultramontanos y nada más. Sin reparar que este empeño en que no parezca que hay Masonería es precisamente el primero de los ardidés masónicos, y el que la secta emplea con más ahinco y seguramente con más próspero resultado. A todos éstos debió caerles como bomba en medio de sus inocentes ó pérfidas negaciones la gravísima palabra del Papa, que les asegura con todo el lleno de su infalible autoridad que hay Masonería, sí, que la hay.

Es cierto, pues, y comprobado, no sólo ya por el testimonio de los hechos, que hasta hoy sólo los ciegos de conveniencia han podido no ver, sino mucho más formalmente por la Autoridad divina de la Iglesia, que existe una secta llamada Masonería ó Francmasonería. Es este un hecho real, viviente, palpitante, contemporáneo, como los demás que en el mundo externo llaman nuestra atención. Existe

una vasta asociacion ó liga , subterránea hasta hace poco, casi pública y casi oficial hoy dia , que cuenta por millares los centros subalternos en cada nacion , llamados *logias*, y á millones los adeptos ó afiliados; juramentados , á través de la diferencia de nacionalidad y aún de política, bajo una bandera comun de odio á Cristo y á su santa Iglesia. Como existe á la luz del sol una sociedad visible, organizada, con jefes reconocidos y aceptados , con division de jerarquías, que se llama Cristianismo, porque es como la personificacion de las doctrinas y preceptos de Cristo, su inmortal fundador; así existe, nacida y desarrollada á favor de las sombras, otra sociedad tambien organizada , dividida en jerarquías, sometida á tremendas y misteriosas jefaturas , que por ser una como personificacion de todos los rencores contra Cristo puede muy bien llamarse el anticristianismo organizado, ó mejor el Anticristo, y que sólo por razones de estratégica conveniencia no se llama así, sino con el nombre de Masonería ó Francmasonería. Y tal sociedad, formidabilísima iglesia satánica, en oposi-

ción directa y en combate perpetuo con la Iglesia divina, se halla extendida como su eterna rival por todo el mundo conocido, y á par de ella procura extender cada día su incommensurable frontera. Y es su afán establecer en todas las regiones y por todos los medios un reino universal de Satanás en frente del reino universal de Cristo, á quien ha dado el Padre por herencia todos los siglos y todas las gentes, bien que, por fines de superior y no del todo incomprendible providencia, haya permitido sea contrastado este reino divino por ese antagonismo infernal hasta la hora de su completo vencimiento en el universal Juicio. Existe dicha infernal sociedad, y obra y maquina y escribe y perora y legisla y gobierna y batalla y conquista y está en ella la clave de la mayor parte de los acontecimientos modernos. Obra suya es este mundo oficial establecido en todas partes ó directamente contra Dios, ó vergonzosamente prescindiendo de Dios, ó hipócritamente queriendo repartir Dios con sus enemigos su esencial soberanía. De sus centros sale inspirado, como de horribles ce-

náculos de Luzbel, casi todo lo que hoy se predica y se enseña á los pueblos en discordancia con la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Mundo, demonio y carne tenían ya desde Adán máximas y procedimientos y aficiones en oposicion á la verdad: la Masonería ha venido modernamente á dar á todas esas fuerzas individuales y, por decirlo así, sueltas y desligadas, una siniestra unidad de principio, de fin y de procedimientos, cuya perfeccion y tino sólo se comprende y se explica reconociendo que son diabólicas. Que el diablo malo es, pero tiene angélica inteligencia, pues esa, como enseña la Teología, no se la destruyeron ni su pecado ni su castigo.

De cuál sea la material extension, y por ende la espantosa influencia de esa iglesia anticristiana, ayer subterránea, hoy, más que á flor de tierra, preponderante y entronizada, darán idea los siguientes datos estadísticos que, con respecto á Europa, tomamos de un periódico autorizado y que creemos exactos:

Inglaterra.— La Gran Logia de Ingla-

terra, cuya sede está en Londres, data de 1717; tiene á sus órdenes la cifra formidable de 2,019 logias. Otra potencia de «rito antiguo y aceptado» para Inglaterra y el país de Gales, lleva el título de «Supremo Consejo, del grado 33.» Fué establecida en 1845, y cuenta 88 capítulos.

Escocia. — La Gran Logia de Escocia, cuya sede está en Edimburgo, fué fundada en 1738, y tiene á sus órdenes 891 logias. El Supremo Consejo del grado 33 del rito escocés antiguo y aceptado cuenta con 10 capítulos.

Irlanda. — La Gran Logia de Irlanda, cuya sede está en Dublin, tiene á sus órdenes la enorme suma de 1,014 logias.

Dinamarca. — La Gran Logia de Dinamarca, cuya sede está en Copenhague, fué fundada en 1747, y tiene á su orden 10 logias.

Suecia y Noruega. — La Gran Logia de estos reinos, cuya sede está en Stockolmo, fué fundada en 1754, y tiene á su orden 33 logias.

Bélgica. — El Gran Oriente de Bélgica se estableció en Bruselas en 1832, y dispone de 24 logias.

Holanda.—El Gran Oriente de los Países Bajos reside en La Haya ; fué fundado en 1756, y dispone de 79 logias , que en 1884 reunian 2,185 asociados.

Alemania.—La Alemania del Norte posee 8 poderes masónicos y 5 logias independientes , con un total de 42,496 masones activos.

La Gran Logia nacional , Logia-Madre, se halla en Berlin y fué fundada en 1774. Cuenta con 113 logias, que reúnen 13,095 afiliados. La Gran Logia regional de Alemania , cuya sede está tambien en Berlin, dada de 1774 y cuenta 107 logias, con un total de 8,762 asociados. La Gran Logia real de York cuya sede está tambien en Berlin , fué fundada en 1798 y cuenta con 61 logias y 4,774 miembros. La Gran Logia de Hamburgo, cuya sede está en Hamburgo, fué fundada en 1740, y cuenta con 31 logias y 2,629 afiliados. La Gran Logia ecléptica de Francfort fué fundada en 18 de Marzo de 1783, y cuenta con 12 logias y 1,396 miembros. La Gran Logia de Baviera, el Sol, fué fundada en 21 de Enero de 1741 , y cuenta con 24 logias y 1,701

miembros. La Gran Logia regional de Sajonia, cuya sede está en Dresde, fué fundada en 1811, y cuenta con 18 logias y 3,000 miembros. La Gran Logia de la Union masónica, cuya sede está en Darmstadt, fué fundada en 1846, y cuenta con 9 logias y 896 miembros.

Francia. — El Gran Oriente de Francia reside en París, fué fundado en 1736 y tiene bajo su obediencia 66 talleres en París, 13 en los departamentos del Sena, 208 en los otros departamentos, 14 en Argel, 11 en las colonias y 28 en diversas naciones extranjeras. Además del Gran Oriente existen en París :

1.º El Supremo Consejo del rito escocés antiguo, acreditado para Francia y sus dependencias.

2.º El órden masónico oriental del Misraim ó de Egipto.

3.º La gran logia simbólica escocesa de Francia.

Luxemburgo. — El Consejo Supremo del gran ducado de Luxemburgo fué establecido en 1844, y cuenta con 2 logias.

Hungría. — El Gran Oriente de Hungría

reside en Pesth , fué fundado en 1871, y cuenta con 15 logias. La gran logia de Hungría, fundada en 1870, cuenta con 24 logias y 783 miembros.

Italia.—El Gran Oriente de Italia, Supremo Consejo, fué fundado en 1861, y cuenta con 150 talleres.

España.—El Gran Oriente nacional de España, gran logia española, reside en Madrid ; fué fundado el 15 de Enero de 1726 por lord Warton, y tiene á sus órdenes 182 logias. Además existe un Supremo Consejo de la Masonería española fundado en 1868, y cuenta con 216 logias y 33 capítulos.

Portugal.—El Gran Oriente lusitano de Lisboa y Supremo Consejo de la Masonería portuguesa, fundados en 1805, se fusionaron en 1869, y cuentan con 114 logias.

Suiza.—La gran logia de Berna, fundada en 1844, cuenta con 74 logias.

Resúmen de esta tenebrosa estadística es que existen en Europa (en Europa solamente) cinco mil cuatrocientas ochenta y seis logias , ó sean parroquias de esta in-

fernal iglesia, debiéndose hacer constar que no las tienen menos las demás regiones del mundo conocido, especialmente la América, donde la corrupcion masónica está infiltrada de un modo particular.

III.

Si es realmente tan influyente y de tanto valer como se supone en el mundo actual la Masonería.

DESPUES de afirmar la existencia de la Masonería, contra los que en un concepto ú otro traten de hacer pasar como mito fantástico esta tenebrosa conjuracion contra Dios, pasa el Papa á consignar sobre ella otras dos afirmaciones importantísimas. Primera, la de su formidable influencia social hoy dia. Segunda, la del carácter maléfico y absolutamente anticristiana de esta influencia social. Dos verdades, que desde luego se obstinan en oscurecer y paliar los encubridores de la infernal secta, ya que no les sea posible por lo menos negar su material existencia.

«En el espacio de siglo y medio, dice el Papa, la secta de los francmasones ha logrado increíbles progresos. Empleando á la vez la audacia y la astucia ha invadido todos los grados de la jerarquía social, y comienza á tener en el seno de los Estados modernos un poder que casi equivale á la soberanía. De esta rápida y formidable extension han resultado por necesidad para la Iglesia, para la autoridad de los príncipes y para la salud pública los males que nuestros Predecesores habian con mucha anticipacion previsto. A punto se ha llegado en qué hay motivo de concebir para lo venidero los más serios temores, no ciertamente en lo que concierne á la Iglesia, cuyos sólidos fundamentos no se han de quebrantar por los esfuerzos de los hombres, sino con relacion á la seguridad de los Estados, en cuyo seno se han hecho poderosísimas, bien esta secta de los francmasones, bien otras asociaciones similares cooperatrices suyas y satélites.»

Por entero hemos trasladado aquí este párrafo, porque en medio de su austera sobriedad es de los más graves de tan impor-

tanto documento. Oficialmente sabemos por él que la Francmasonería no es una asociación de poco más ó menos, una liga de malhechores vulgares, un hato de perdidos, como vulgarmente se dice, sino que tiene invadidos *todos los grados de la jerarquía social*. Ciertamente lo sabíamos ya, pero hoy oficialmente se nos advierte. De modo que *todos los grados de la jerarquía social* están podridos de esta lepra: no precisamente tales ó cuales capas sociales en que es más comun al parecer la disposición para toda clase de fechorías, no ya los grupos más avanzados de la moderna demagogia, los que forman la vanguardia y descubiertas de ella, los que sin rebozo alguno anuncian su horrible deseo de borrar de la tierra el nombre de Dios y abolir bajo el rasero nivelador de su odio toda distinción jerárquica y todo concepto de autoridad. No. La Masonería (y por ende mucho más el Masonismo) es una enfermedad, una cierta filoxera, que tiene invadidos *todos los grados de la jerarquía social, omnes reipublicæ ordines*, como dice textualmente Su Santidad. Y eso no como ligera infección,

no como leve achaque ó resabio de poca transcendencia, sino en términos que *comienza á tener en el seno de los Estados modernos un poder que casi equivale á la soberanía. Ut prope dominari in civitatibus videatur*, como clásicamente dice el hermoso texto original.

¡Santos cielos! ¡Y nosotros que tan frecuentemente nos hemos visto aturrullados y casi excomulgados por delito de pesimismo, cuando alguna vez con más ó menos reservas nos hemos atrevido á expresar este concepto que nos merecia todo el conjunto de la actual sociedad! ¡Nosotros, los exagerados y fanáticos, que hemos creído siempre que por lo alto y por lo bajo, por lo ancho y por lo largo, eran Masonismo puro, heterodoxia pura, formal herejía contra Dios y su Cristo y su Iglesia y sus más adictos hijos, los constituyentes principales de ese organismo moderno, adrede traído al mundo y adrede patrocinado por todos los hijos de Belial para guerrear contra Dios nuestro Señor! Es verdad que nos hemos quedado cortos ante la soberana afirmación del Vicario de Cristo, que nos ase-

gura están invadidas de esa malignidad todas las esferas del orden social existente, *omnes reipublicæ ordines*. Grabémoslo en la memoria y no permitamos se nos borre de ella jamás. Sepamos entre quién vivimos, sepamos con quién andamos, pensemos con quién á todas horas hemos de combatir. Con universal contagio que tiene invadidas *todas las esferas ó grados del orden social*, con enemigo que nos roza y con nosotros se codea por todas partes, con perniciosa atmósfera que se nos cuele y nos ataca y nos envenena por todos lados. Que nos combate descaradamente en la plaza pública y desde los puestos oficiales, donde su poder equivale casi á soberanía: que se esconde cautelosa tal vez en nuestro propio doméstico hogar, si no somos vigilantes celosos de él; que nos acecha quizá, como áspid entre flores, entre las mismas obras de piedad; que maquina contra nosotros por medio de lazos mil que sólo los muy avisados (y sólo los santamente intransigentes) pueden prevenir y burlar.

Solemnes palabras éstas y que encierran un gran principio de conducta, una gran

regla práctica para la vida del católico de hoy. Ellas vienen á erigir como principal norma de prudencia en nuestro actual modo de vivir y de luchar, principalmente con los poderes públicos, lo que nos permitiremos apellidar, un criterio de desconfianza. Sí, sin vacilar volvemos á escribirlo, no á la ligera sino despues de sosegada meditacion. A las virtudes fundamentales que en todo tiempo ha debido mirar como propias el buen soldado de la verdad, ha de agregar hoy ésta que es la característica de la época: una sábia y prudente desconfianza de cuanto le rodea. Es evidente. Porque cuanto le rodea está infecto, está contagiado, está invadido de este virus masónico que trae envenenados todos los grados ó esferas del órden social.

Falta de caridad se hubiera llamado, algun tiempo atrás, este franco consejo por algunos desdichados que tal vez ignoran que esta misma palabra «caridad» es la que años há solemos mirar nosotros con más recelosa desconfianza. No lo dirán ya ahora, porque no está fundado en apreciacion nuestra sino en informes del Papa ese cri-

terio desconfiado y pesimista que les predicamos aquí. Tanto más cuanto esa misma secta diabólica no encontró máscara más á propósito para cubrir su rostro, que la de la santa práctica de la caridad, pretendiendo pasar nada menos que por mera asociacion caritativa.

IV.

¿ Pero no se dice por ahí por quien puede saberlo que la Masonería es una mera asociacion de Beneficencia?

NATURALMENTE; lo que desea sobre todo la secta masónica, donde puede conseguirlo, es, como hemos dicho, que se niegue ó ponga en duda su propia existencia. En eso obra conforme á sus instintos de secta secreta. Donde, empero, desconfia de lograrlo, conténtase con que no se la conozca, al menos, como realmente es. Para esto lo primero que necesita es cómodo y simpático disfraz en que envolverse, y ninguno se

presta más para el caso que el de la caridad. Disfraz cómodo hemos dicho, porque nada más fácil que llamarse caritativa una asociacion, y aún nada más fácil que parecerlo, como luego vamos á ver. Disfraz simpático además, como que simpáticos son siempre la generosidad y largueza, provengan de quien provengan, como muy luego veremos tambien. De ahí el empeño de la Masonería en aparecer benéfica y filantrópica, con lo cual consigue dos fines: primero, el de ocultar á los inocentes su verdadero carácter; segundo, el de atraerse con ese aspecto de buena obra á los que no miran el fondo de las cosas y se fijan en sola su exterior envoltura. El Papa en su Encíclica hácese cargo tambien de este satánico ardid. ¿Es, de consiguiente, ó no es la Masonería una asociacion de beneficencia?

Sí y no; y vamos á dar la explicacion de esta extraña y al parecer contradictoria respuesta.

Sí, es en cierto modo asociacion de beneficencia, porque para adquirir adeptos en gran número y para conservarlos unidos con cierta solidaridad al través de las

diferencias de nacionalidad y de raza, no halló medio mejor que el de una protección mutua universal, por la que el afiliado se encuentre en todo lugar ayudado por sus coafiliados, en sus necesidades, en sus relaciones, en su carrera, etc. Así en varios puntos y en determinados ramos del servicio público ser mason es la mejor de las recomendaciones para lograr ser bien colocado. Se ha dado recientemente el caso de un jóven aprovechadísimo, pretendiendo una plaza de cierto orden á la que podia con muy buenos títulos aspirar, y al que sencillamente se respondió por quien era consultado sobre dichas sus pretensiones: «No tiene V., amiguito, más que pasarse á casa D. Fulano de Tal y dar su nombre á la logia.» El jóven era católico firme, y declaró que no acudiría á un recurso tan contrario á su conciencia. «Vaya, no sea V. niño, le dijo el encofetado señorón; allí encontrará V. continuados nombres de personajes que son tan católicos como V. y no se hacen tan del escrupuloso. Hoy no se medra casi más que por este camino.» Y en efecto debe de

ser así en la generalidad de los casos y salva siempre tal cual honrosísima excepción. Lo cual perfectamente se comprende que casi no puede ser de otro modo. Siendo esencialmente masónico todo el concepto del Estado moderno, y siendo masones los principales representantes de él, y habiéndose de tal suerte constituido y organizado hoy la cosa pública, que casi todo depende en ella de la influencia del Estado, que es el mayor grado de absolutismo que cabe imaginar, síguese por consecuencia inflexible, que todo ó casi todo pende hoy en las carreras públicas de la influencia directa ó indirecta de la Masonería. Y sería muy necia la Masonería si no aprovechara en bien y servicio propios este colosal poder que tiene en los modernos Estados. Y malvada lo es la Masonería, pero necia no, como no es necio, sino extremadamente sabio, aunque muy malvado, Luzbel su oculto inspirador.

De ahí que en la provision de empleos y cargos públicos ande frecuentemente la mano eficaz de la Masonería para elevar á quien ella quiere, y hacer no sobresalga

aquel á quien ella no consienta sobresalir. Lo cual explica muy llanamente lo fenomenal de ciertos encumbramientos y de ciertas depresiones. En los grados de la jerarquía militar ayuda al mérito personal, y puede muy bien suplirlo si conviene. En actos de oposicion literaria y en confeccion de ternas no es inverosímil haga inclinar muy á menudo la balanza y la conciencia. En el comercio y en la navegacion proporciona relaciones que son el capital de más importancia para el mercader: en operaciones de guerra abre plazas cerradas, facilita planos y confianzas, y sin á veces disparar más que proyectiles de oro gana estupendas victorias. En el campo de las letras improvisa *éxitos* fabulosos á dramas y novelas y tratados científicos que sin ella no saldrian de la oscuridad, así como ahoga en la maléfica conspiracion del silencio la obra del ingenio más elevado, si no se somete á aceptar el odioso refrendo de la secta. Por medio de recursos mil que ofrecen hoy el periodismo y la asociacion, puede llegar la Masonería en puntos dados á monopolizar de tal suer-

te las funciones sociales y la misma opinion pública, que llegue á ser imposible á quien no se rinda á ella hacerse lugar alguno en la vida social. Con lo cual viene á cumplirse perfectamente lo que está profetizado en el Apocalipsis del reinado de aquella Bestia simbólica, que significa (segun todos los expositores) el poder anticristiano de los últimos tiempos. «La cual, dice, logrará que nadie pueda comprar ó vender sino aquel que lleve encima la marca ó sello de la Bestia ó la cifra de su nombre.» A realizar eso en la vida moderna tiende sin cesar la Masonería, y ¿quién duda que en gran parte lo va logrando ya?

Así por una trabazon ó encadenamiento de intereses individuales, convergentes todos á un interés general de secta, conviértese ésta en Asociacion de socorros mutuos para sus afiliados. Y á la vez que la ayuda este lazo para atraerlos y retenerlos, le sirve además para cubrir con honrado pabellon el contrabando de su propaganda. Aquí, pues, de nuestra pregunta, ó mejor, del sí y del no de nuestra res-

puesta. Es Asociacion maléficamente benéfica la Masonería, por cuanto procura con el auxilio mutuo de sus asociados extenderse y ejercer su pavoroso influjo en la máquina social de que es hoy el más poderoso resorte. No es Asociacion benéfica, si por tal se entiende, como entenderse debe, una Asociacion dedicada al ejercicio de la caridad por fines puramente caritativos y propiamente tales, así en favor del cuerpo como del alma del favorecido, y sin limitar su auxilio al círculo de los afiliados ó que se quiere lo vengan á ser.

V.

En que se confirma, con una observacion muy al caso, lo dicho en el capítulo anterior.

QUE no es la Masonería tal Asociacion de beneficencia y caridad que aseguran sus afiliados y encubridores, lo muestra y convence un argumento solo, ante el cual son ociosos todos los demás y al que es

imposible pueda contestar satisfactoriamente cualquier mason.

Es el siguiente.

La Masonería goza por nuestros pecados de gran preponderancia é influjo en el mundo moderno oficial y extraoficial. En muchos puntos, ha dicho el Papa, su oculto poder equivale casi á la soberanía. Más en crudo lo dirémos nosotros. En muchos puntos la influencia masónica ha llegado á sustituir completamente á la antigua influencia social de que en tiempos mejores gozaba el Catolicismo. Sí, y no se ufanen de este triunfo los masones. En no pocas esferas de nuestra sociedad tiene hoy el Masonismo la plenitud de influencia y de accion que en otros siglos tuvo la Iglesia católica.

Mas aquí entra ahora de lleno nuestra argumentacion.

Cuando en sus tiempos de preponderancia social dominó al mundo la influencia católica, llenólo todo de insignes monumentos de su espíritu verdaderamente humanitario y caritativo. No nos salgan aquí con sus acostumbradas palabrotadas

de tinieblas y oscurantismo nuestros adversarios. Escrito está en la historia, y todas sus retóricas no lo borrarán de ella. Dueña del mundo para su bien la Iglesia, no hubo al momento necesidad á que no atendiese, lágrima que no enjugase, amargura que no suavizase, angustia física ó moral sobre la que no extendiese su manto maternal. Los grandiosos acueductos, las regaladas termas, los anchurosos circos, los soberbios arcos de triunfo, pudo tenerlos más espléndidos, aunque amasados frecuentemente con sangre, el paganismo: los hospitales, casas de huérfanos, asilos de peregrinos, institutos de redención de cautivos, no los fundó, ni los sostiene, ni los sirve nadie sino el Catolicismo. Ni un palmo de tierra hay en que haya dominado el Catolicismo, donde no se ostenten claras é irrefragables las pruebas de esta verdad. Las asociaciones mil que para eso ha inspirado, las Ordenes religiosas que con tal objeto ha establecido, las gracias espirituales con que todo eso ha alentado, los héroes de pública beneficencia que ha canonizado, á la vista están y

llenan nuestros gloriosos anales. Aún hoy mismo, pobre, despreciada, perseguida, saqueada en todas las naciones del globo, la santa Iglesia de Dios halla en el fondo sin límites de su inmensa caridad recursos mil con que seguir socorriendo y consolando al género humano. Sus institutos antiguos se mantienen en todo su vigor; otros nuevos brotan cada día al impulso de la fe que arde viva en su seno. Aún no hace medio siglo fundó las *Hermanitas de los pobres*, y estas angelicales criaturas tienen ya asilos de ancianos en todo el globo. Aún no hace tanto ocurrióle al hombre de Dios D. Bosco fundar sus *Talleres salesianos*, y más de cien mil niños obreros tiene hoy ocupados en ellos y robados á la propaganda socialista el celo del incansable fundador. De estos días es el anuncio de las *Hermanitas del obrero* fundadas en Grenoble, y que tendrán luego su casa-convento entre el humo de carbon de piedra de nuestras fábricas, para desinfectarlas del otro humo del infierno que tan frecuentemente asfixia en ellas el alma del pobre trabajador. Esto hace y

mil otras cosas ha hecho y mil otras cosas hará aún en favor de sus propios enemigos y perseguidores la vilipendiada, la empo-
breída, la por todos lados acosada Iglesia de Dios.

¿Qué hace en cambio en favor de los pobres y desvalidos la prepotente y entronizada Masonería? ¿Qué obras funda? ¿Qué institutos crea? ¿Qué Hermanos y Hermanas lanza á la muerte en los horribles días de epidemia? ¿Qué desvalidos mantiene? ¿Qué niños recoge? ¿Qué mujeres perdidas rehabilita? ¿Qué ancianos consuela? ¿Qué enfermos asiste? ¿Qué muertos sepulta? ¿Dónde están sus vastos hospicios, sus deliciosas casas de asilo, sus huerfanatos y casas de leprosos, sus talleres de artes y oficios, sus casas de arrepentidas? En vano los buscamos en la moderna estadística, porque no constan en casilla alguna, aún de los cuadros oficiales que sus mismos Gobiernos nos dan.

¿Con qué nada ha hecho la Masonería? ¡Ah! sí, mucho ha hecho, ó mejor, mucho ha deshecho. Con el mayor furor se ha empleado años y años en demoler satáni-

camente todo lo nuestro. Por medio de las leyes de desamortizacion, que son leyes *suyas*, ha robado todo lo que la piedad de muchos siglos habia acumulado en manos de la Iglesia en favor de los pobres. Por medio de las leyes anticongregacionistas, que tambien son *suyas*, ha robado en Francia del lecho del moribundo hasta las Hermanas de la Caridad. Por medio de otros mil ardidcs y procedimientos *suyos* ha procurado en todas partes paralizar nuestra accion, menoscabar nuestra influencia, aislar al pobre del sacerdote, secuestrarle por medio de los *solidarios* que son tambien cosa *suya*, hasta de las manos de Dios en el supremo instante de la muerte, y de los honores de la tumba cristiana despues de su fallecimiento!!!

¡Ah! ¡así, así es benéfica y filantrópica y humanitaria la Masonería! Díganlo las lujosas quintas que ha alzado sobre el solar de los viejos monasterios para regalo de improvisados señorones; dígalo aquel soberbio landó tirado por gallardo tronco en que pasea su respetable persona aquel filantrópico mason que se hizo rico con los

bienes de las casas de beneficencia; díganlo aquellos demagogos convertidos en opulentos propietarios por medio de las subastas de bienes del hospital. ¡Dúdese, después de esto, si es ó no asociación benéfica la Masonería, que tan bien ha sabido beneficiar en provecho propio y de sus paniaguados los bienes de los pobres y de la Religión!

VI.

De la Masonería bajo su aspecto doctrinal, ó sea del
Masonismo, objeto preferente de este opúsculo.

DESPUES de esos breves capítulos que hemos dedicado á dar una ligera idea de lo que es la secta masónica bajo su aspecto material, parécenos llegada ya la oportunidad de tratar de ella bajo su aspecto formal ó de doctrinas, que éste es el verdadero objeto de nuestro actual trabajo, no habiendo sido lo anterior más que un cierto prólogo ó preliminar de él. Porque es evidente, como

ya al abordar esta materia insinuábamos, que para nosotros y para todo católico que vea claras las cosas como las ve el Papa, lo verdaderamente grave de este asunto no es la agrupacion de tantos ó cuantos hombres que, con sendos mandiles y bandas y estrellas, tienen el gusto de formar en dias dados una cierta mogiganga más ó menos estética y entretenida. Cuántos sean estos hombres, cuál su organizacion y jerarquía, qué fiestas y ceremonias sean las suyas, es un estudio que ni en cien libros puede hacerse y que hoy ha perdido gran parte de su interés desde que la Masonería ha dejado de tener en su favor la sombra ó media luz del arcano en que se envolvía. Nuestros lectores pueden, pues, hacerse buenamente con cualquiera de los autores en que eso se explica.

Menos tratado es el asunto que á nosotros nos llama preferentemente la atencion. Masonismo es algo más que Masonería; *latius patet*, como se diría en las escuelas. Es un concepto más general, más amplio, más comprensivo. Masonismo es la doctrina de la Masonería, es su espíritu, es su influen-

cia, es esa cierta atmósfera que irradia en torno de sí y con la cual ha llegado casi á inficionar completamente al mundo y á hacer cómplices suyos hasta á muchos que no son masones. Masonismo es un conjunto de principios, máximas, teorías, procedimientos, aplicaciones, que han llegado á formar como un cierto carril por donde anda hoy encarrilado el mundo moderno, descarrilado ya completamente en su parte oficial de las vías antiguas suyas que eran las de Dios y de la Iglesia católica. Masonismo es esa cierta cosa que á un cristiano firme, y que lo quiera ser en todos los terrenos, le hace parecer hoy día como una monstruosidad ó un fenómeno raro ó una singularidad exótica que disuena de todo lo que le rodea. Masonismo, en fin, es casi todo lo que encuentran natural y corriente los hombres del mundo de hoy, y hasta ¡oh dolor! muchos católicos, obligados en conciencia á discurrir según otros criterios. Y lo encuentran natural y corriente, porque se han formado (muchos tal vez sin pensarlo) un criterio masónico en vez del criterio católico, y masónicamente ven, y masónicamente apre-

cian, y masónicamente juzgan, y masónicamente fallan y masónicamente obran; y todo eso sin ser masones, y creyendo tal vez aborrecer muy cordialmente á la Masonería. Que este, este es el más horrible carácter de la época actual; el desconocimiento completo en que viven de su verdadera posicion muchos católicos á su modo, en quien tiene la Revolucion sus más eficaces y poderosos auxiliares.

Y este, este es el triunfo verdaderamente satánico que se propone acabar de lograr la Masonería, y que (digámoslo con franqueza) en gran parte ha conseguido ya. Haber borrado del mundo social la imagen de Cristo que la predicacion cristiana le habia impreso, y haberle dado en su lugar la de Luzbel, sin que el mundo al parecer haya llegado á notar este cambio. Haber sustituido, como alma de la sociedad, el Catolicismo por el Masonismo, sin que á primera vista notasen los incautos la diferencia de espíritu que anima al organismo social de hoy en contraste con el de otros siglos.

Hé aquí por qué damos tanta importancia al Masonismo sobre la Masonería. Esta

fué el andamio para demoler el antiguo edificio cuyo coronamiento era la cruz, y para edificar el nuevo, que no quiere ostentar el signo cristiano. El andamio carece de importancia, construido el edificio: por eso, casi logrado ya el objeto social de la Masonería, empieza ésta á prescindir del ceremonioso aparato en que hasta hoy habia vivido, y que ya no necesita para realizar su infernal mision. Hasta no extrañaríamos que, adelantando más las cosas, se lleguen un dia á declarar disueltas por sí mismas todas las logias. ¿A qué, en efecto, éstas, cuando todo el mundo oficial no sea ya más que una inmensa logia? Por eso se tiene razon hasta cierto punto cuando se dice que la Masonería tiene hoy menos valor é importancia que hace un siglo. Es lo natural. Entronizado en todas partes el Masonismo, va cesando la Masonería en su papel de apóstol, que ya carece de su principal interés.

El Masonismo lo es hoy casi todo. Contra él, en medio de ese campo de ruinas que ha amontonado, sólo queda en pié el Catolicismo. Masonismo y Catolicismo son,

pues, los verdaderos elementos esencialmente contrapuestos en la feroz lucha de hoy, por lo cual en estas dos palabras hemos sintetizado todo el plan del presente estudio. Vamos á ver, pues, guiados por el Papa, qué cosa sea el Masonismo, y en qué aplicaciones prácticas más comunes se refleja su inspiracion satánica sobre la actual sociedad, y cuáles sean sus puntos principales de disentiimiento con la doctrina católica.

VII.

Concepto intrínseco de la Masonería bajo su aspecto doctrinal; ó sea esencial concepto de toda la enseñanza masónica.

LA Masonería, más que sociedad de adeptos es símbolo de doctrinas que esos adeptos procuran á todo trance prevalezcan en la esfera social. A estas doctrinas masónicas, y á las influencias mil encaminadas á hacerlas prevalecer, y á la multiforme aplicacion que de ellas se hace á la vida

pública, y áun hoy hasta á la privada, llamamos Masonismo.

¿Cuál es, pues, preguntaremos ahora, el concepto intrínseco y fundamental del Masonismo?

Y nos responde el Papa en su sapientísima Encíclica *Humanum genus* con estas palabras que precisan y definen claramente toda la cuestion. «Tratan, dice, los franc-masones, y todos sus esfuerzos tienden al objeto de destruir de raíz toda disciplina religiosa y social que ha nacido de las instituciones cristianas, y de sustituirla con otra nueva adaptada á sus ideas, y cuyos principios y leyes fundamentales están sacados del Naturalismo.»

El Masonismo, pues, definido está: es el Naturalismo.

¿Y qué es el Naturalismo?

Lo dice la palabra misma y trae en su propia etimología su más clara definicion. El Naturalismo es la negacion, ó por lo menos la exclusion del órden sobrenatural cristiano.

Es, pues, el Naturalismo el perfecto y completo anticristianismo.

Entremos aquí en alguna explicacion.

Todo el órden cristiano está fundado en el dogma de la primera caída del hombre y en el subsiguiente de su rehabilitacion por el Unigénito de Dios, Encarnado. El hombre natural es, pues, el hombre de pecado, que ningun medio tiene ni para ser debidamente bueno en la tierra ni para alcanzar su último fin despues de esta vida. El hombre para ser debidamente bueno y lograr su último fin debe ser, no el hombre natural que cayó, sino el hombre sobrenaturalizado á quien levantó y sostiene con su gracia Jesucristo. Más claro : no le basta hoy al hombre ser el hombre de la creacion, debe ser además el hombre de la redencion. El sér de hombre no le es suficiente para su debido complemento: necesita además el sér de cristiano. Sobre estos principios de eterna verdad, presentidos un dia por la misma humana filosofía, aunque no puestos en claro más que por la divina Revelacion, está fundado el Catolicismo, y de ellos saca lógicamente éste todas sus conclusiones.

El Naturalismo parte de principios radi-

calmente opuestos. Segun él no cayó el hombre ni necesitó de consiguiente rehabilitacion. Si hubo, pues, Dios Criador, que de esto no anda aún bien asegurado el Naturalismo, sabe en cambio muy de buena tinta que no hubo Dios Redentor. Jesucristo, pues, fué puro hombre, y la Iglesia es puro embeleco. El sér racional es perfecto y nada necesita de más arriba para el logro de todos sus fines, incluso el último fin, que por de pronto el Naturalismo ignora cuál sea. El hombre, pues, todo lo tiene en sus propios medios y todo lo puede con ellos solos: sabe todo lo que necesita, porque está entera su razon; practica cuanto le conviene, porque no está enferma su voluntad; vence cuantas resistencias oponga á su ley moral el apetito ó la pasion, porque está completamente sano su libre albedrío. Y como se basta para todo á sí propio el hombre, así se basta á sí propia para todo la sociedad, que tambien en su razon está perfectamente ilustrada y omnisciente; en su voluntad, perfectamente sana y no inclinada al mal; en su libre albedrío, no supeditada á suerte

alguna de malas inclinaciones y corrompidos instintos. Huelga, pues, del todo ese orden sobrenatural que predica el Catolicismo como indispensable auxiliar de la naturaleza enferma y decaída; huelga Jesucristo como Autor y Conservador y Consumador de este orden sobrenatural; huelga esa especial organizacion del sobrenaturalismo que se llama Iglesia católica; y en último resultado huelga hasta esa suprema entidad misteriosa que se llama Dios, y que es ya la última negacion lógica del Naturalismo.

Hé aquí en ligero esbozo delineado este sistema anticristiano, cuyos fundamentales absurdos cuesta poco señalar ya á la primera ojeada. Aun prescindiendo de lo que enseña la Revelacion de Cristo Dios apoyada en todos sus poderosos motivos de credibilidad, el concepto que del hombre y de la sociedad empieza por sentar el Naturalismo es un concepto evidentemente falso. El hombre, dice, es perfecto; la sociedad, dice, es perfecta; todo lo tienen ellos en sí y nada necesitan superior á sí. Error grosero contra el cual deponen

la propia experiencia y el buen sentido de todos los siglos. El hombre es flaco, es ciego, es miserable, es de suyo mal inclinado; su libre albedrío está de continuo contrastado por perversos instintos á los que sin la gracia no se resiste. Necesita, pues, luz *superior* para conocer, fuerza *superior* para obrar, ayuda *superior* para no ser de continuo vencido. No es un sér perfecto, es una miserable ruina de algo que tuvo un dia su perfeccion y que despues necesitó costosísimo remiendo. Nace llorando, sólo puede ser bueno luchando y vencién dose, y hasta para bien morir necesita quien le ayude á saberlo hacer. ¿Y la sociedad? La sociedad, conjunto de hombres, es, como toda suma, igual en naturaleza á las cosas sumadas. Imperfecta, ruin, mal inclinada, sólo logrando vivir merced á la represion y al freno, que son de suyo señal de muy poca perfeccion.

Hé aquí, pues, como fundado sobre esas mentirosas bases, el Naturalismo es pura mentira todo él. Y, sin embargo, el Naturalismo ó sea el Masonismo es el gran sistema (teórico ó práctico) de las gentes de hoy.

VIII.

Aclárase más el concepto intrínseco y fundamental del Masonismo, y su oposición esencial al Catolicismo.

1.

EL Masonismo es el Naturalismo, y el Naturalismo es, como vimos en el capítulo precedente, la negacion de la caída original del hombre, de su rehabilitacion por Cristo Dios, y consiguientemente de los derechos de Este (individuales y sociales) sobre su criatura redimida. El Masonismo no es, pues, el ateismo crudo, como se figuran algunos, aunque por consecuencia lógica haya de parar en él: ni es la demagogia, ni es el socialismo, aunque indefectiblemente por sus pendientes haya de llegar la sociedad á estos extremos. Nada de esto. El Masonismo procura mantenerse en la esfera de un conservadurismo honrado y sensato á su manera. Quiere los fundamentos sociales, quiere orden, quiere equidad,

quiere mutuo respeto de las clases y de los intereses ; sólo que todo esto lo quiere sin Jesucristo, sin el Cristianismo, fuera completamente de la atmósfera cristiana. Problema difícil y más que difícil insoluble, porque despues de la Revelacion cristiana se ha hecho imposible no ser de ella , sin caer en lo hondo de la más horrible anarquía individual y social. Que no están hoy las cosas como estaban antes de la venida de Jesucristo. Sociedad ó individuos que no han sido cristianos pueden muy bien permanecer en un cierto estado de natural honradez de que vemos en la historia algunos (aunque raros) ejemplos. Mas, sociedad ó individuos que han conocido á Cristo, y que despues han renegado de El, no paran, por justo castigo del cielo y por inflexible ley de la lógica, sino en los profundos abismos del satanismo más repugnante. Tambien eso enseña la historia y muestra cada dia la experiencia. Y la razon es obvia. No habiendo conocido á Cristo, ni teniendo idea de su Revelacion, puédesse ser no-cristiano, que grave mal es, pero no el peor de todos. Conocidos Cristo y su Revelacion,

y apostatando de El y de ella, no cabe ya ser más que anticristiano decidido. Lo cual es tan diverso como lo es el carecer sencillamente de una cosa, ó el ponerse en estado de franca y declarada guerra contra ella.

Esta es hoy la situacion de la Masonería, ó mejor, del Masonismo. Su objetivo es la organizacion de un orden social sin Cristo; mas por necesidad se ve en el caso de organizar un orden social contra Cristo. Quisiera simplemente una sociedad no-cristiana, como la de ciertos pueblos de la antigüedad; mas por lo mismo le resulta una sociedad anti-cristiana ó satánica. Más claro. Naturalismo un dia pudo ser mera ausencia más ó menos culpable del Sobrenaturalismo: hoy dia Naturalismo por la fuerza de las cosas no puede ser más que Anticristianismo.

El Papa recorre en su famosa Encíclica *Humanum genus* las diversas esferas del orden social en que más clara deja ver su influencia naturalista ó anticristiana el Masonismo hoy dominante. Siguiendo su huella creemos poder reducirla, para instruc-

cion de aquellos que no hayan jamás discurrido sobre estas materias , á los puntos siguientes :

- Religion.
- Estado.
- Familia.
- Propiedad.
- Educacion.
- Enseñanza científica.
- Beneficencia.
- Literatura y artes.
- Diversiones.

Que son otros tantos problemas en que aparecen hoy dia francamente contrapuestos el criterio masónico y el criterio cristiano, y cuya mera indicacion señala un programa de estudios digno de llenar libros, más que ligeros capítulos de un folleto popular. Sea , empero, lo que fuere de esto, creemos que haciendo notar en cada uno de estos puntos como el *sí* masónico es siempre en ellos el *no* cristiano y viceversa , se les esclarecerán á muchos de nuestros lectores las dudas que pudieren acaso tener aún sobre lo general y preponderante del Masonismo en nuestros dias, y

verán cuán cierto es aquello que les decíamos poco há, esto es, que masónicamente piensan y masónicamente hablan y masónicamente fallan y masónicamente obran muchísimas personas que juzgan tal vez de buena fe aborrecer cordialmente al Masonismo y á la Masonería. Que es observacion que nunca nos cansaremos de repetir, y que alguna otra vez tendrán que sufrirnos con bondad y paciencia. nuestros pacientísimos y bondadosísimos lectores. Porque, no lo duden, en eso, en eso último está todo el secreto de nuestros males de hoy y del formidable poder que sobre nosotros ejerce la opresora Masonería.

IX.

De cuál sea la oposicion radical entre el Masonismo y el Catolicismo en el modo de apreciar el concepto de la Religion.

VAMOS desde ahora á recorrer uno por uno los principales puntos en los cuales se manifiestan esencialmente contradictorias

la solución católica y la solución masónica; modo el más práctico de que vean hasta los menos versados en estos estudios cuán hondo abismo separa al Masonismo del Catolicismo, y además cuán formalmente masónicas son muchas de las ideas que tan sin escrúpulo profesan hoy día aún algunos que no quieren pasar por menos que por honrados cristianos.

El primer problema que se presenta al humano entendimiento es el de la Religion, ó mejor, éste es problema que los encierra todos. Mas nosotros queremos únicamente hablar aquí de la Religion bajo el aspecto que tiene de obligatoria para el hombre así que por él es conocida; y dicho se está que hablando de Religion no nos referimos más que á la católica, apostólica, romana, única verdadera.

Ahora bien. El *sí* y el *no* contradictorios del criterio masónico y del criterio católico empiezan ya ahí. El Masonismo sostiene que la Religion es un asunto puramente individual é interno de cada uno; que el hombre es libre de servir y adorar á Dios del modo que mejor le parezca, y que nadie

puede ser obligado ó cohibido por otro en el ejercicio de tales ó cuales actos religiosos. Sobre esto basa el Masonismo su teoría de la libertad absoluta de cultos, que es para él el primero de los llamados derechos del hombre y el más sagrado ó inviolable. Por lo cual todas las legislaciones modernas, inspiradas en el criterio masónico, lo primero que han consignado al frente de todos sus artículos es este derecho fundamental, que se ha apellidado con el muy sonoro y pomposo lema de libertad de conciencia.

El Catolicismo sostiene contra eso, que no hay tal libertad de conciencia; que la Revelacion de Cristo Dios es obligatoria así para individuos como para naciones; que el carecer de fe ó profesar opiniones contra ella no es un derecho del hombre libre, sino una desgracia del hombre flaco y miserable. Que por tanto, si ha de haber siempre caridad y compasion para el que inocentemente yerra, ha de haber en cambio siempre severidad para el que sistemáticamente propala el error. Que en las sociedades cristianas que como tales quieren

vivir y gobernarse, son de consiguiente penables los ataques contra la fe, como lo son los ataques contra cualquier otra institucion fundamental de aquella sociedad. Y que por lo mismo en ellas no se puede erigir en base de legislacion la libertad de conciencia, sino á lo más consignar *el hecho* de una cierta tolerancia más ó menos lata, allí, ¡adviértase bien, por Dios! allí donde por antecedentes y concomitancias históricas se halla ya establecido y radicado *el hecho* de una diversidad más ó menos extensa de opiniones en materia de Religion. Pero que este *hecho*, cuando realmente exista, nunca puede sancionarse como un *derecho*, y menos buscarse expreso como un adelanto, sino que muy al revés debe procurar curarse y extinguirse, como cualquier otra calamidad social.

La Religion segun el Catolicismo no es relacion *libre* entre el hombre y Dios, relacion que pueda cada cual arreglarse y legalizarse á su antojo. De lo contrario seria preciso suponer perfectamente legítimas y gratas á Dios todas las impurezas é inmundicias y prostituciones con que se honraba

á Venus y á Adonis en los templos de Chipre; todas las crueldades de los sacrificios humanos con que festejaban á Teutates los primitivos Galos; los horribles festines de carne de prisionero con que obsequiaban á su falso dios los Iroqueses; la muerte dada á los padres ancianos, como prescribía á los Masagetas una absurda piedad filial; el sacrificio de la viuda en la hoguera del marido, como exigen los funerales de la India, ó las espantosas carnicerías con que solemniza sus fiestas el sanguinario monarca de Dahomey. Si es lícito y justo cualquier modo de honrar á la Divinidad que se le antoje al hombre, lícitas y justas y gratas al cielo deben reputarse tales monstruosidades; ni es más punible un hombre por entregarse á ellas, de lo que lo es otro por predicar su falsa Biblia, ú otro por ponderar y practicar las maravillas y tramantojos de la mediumnidad. Y el Masonismo, ó ha de admitir como lógicos todos esos absurdos, ó ha de convenir con lo siguiente, que es lo exacto y racional: esto es, que no hay otro modo legítimo de honrar á Dios que aquel con el cual Éste quiere ser

honrado. Y que habiéndose dignado el eterno Padre enviar á su Unigénito al mundo para mostrar con su ejemplo y doctrina este modo único con que quiere se le sirva y honre, es rebeldía contra Dios y contra su Cristo abonar otros medios que no sean éste, ó enseñar que es *libre* el hombre para colocar su criterio religioso, sea el que fuere, frente á frente del criterio revelado por el Hijo de Dios. Particularmente después de haber Éste sellado su Evangelio con estas terminantes palabras, tan resueltas y decisivas que cortan de raíz toda pretension de humana libertad en este punto: «Quien (estas cosas) creyere y fuere bautizado, será salvo: quien no las creyere, se condenará: *Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur.*

Veán, pues, de quién se hacen eco tantos pobres ilusos que sostienen hoy día la absurda y falaz teoría masónica de que la Religión es un asunto libre y puramente interno de cada cual, y de que cada uno es dueño de servir y honrar á Dios á su manera. Prescindiendo de que los que de ta-

les modos libres pretenden servir y honrar á Dios, suelen por de contado no servir ni honrar á Dios de modo alguno y áun no acordarse poco ni mucho de que exista Dios.

Si se pretende que de los actos puramente internos y no manifestados por medio alguno externo no puede juzgar más que Dios, entonces se dice verdad, pero verdad de Pero Grullo: porque si dichos actos son puramente internos y de ningun modo exteriorizados, son absolutamente ocultos, y entonces claro está que no caen ni pueden caer bajo jurisdiccion alguna que no sea la directa del mismo Dios, único que ve las cosas ocultas. Por esto y en este sentido se dice que de los actos puramente internos ni la misma Iglesia puede juzgar. Mas esto no quiere decir que sean libres tales actos. Puede juzgarlos y los juzga terriblemente Dios, y puede legislarlos y los legisla severamente la Iglesia, aunque no pueda por sí propia juzgarlos sino cuando el mismo fiel los declara confesándose ante su misericordioso tribunal.

X.

De otro punto en que radicalmente se opone el Masonismo al Catolicismo, cual es el modo de considerar el Estado civil.

Si andan radicalmente opuestos el Masonismo y el Catolicismo en su modo de apreciar la relacion directa del hombre con Dios, que constituye el problema religioso, igualmente se oponen entre sí al formular el concepto del Estado civil, que es otro punto tambien transcendentalísimo.

El Estado para el Masonismo es independiente, soberano, sin otra sujecion ni freno que sus propias leyes, que no pueden emanar de otro poder que no sea él. El Estado, masónicamente hablando, es fuente de todo lo que constituye la vida social, es origen de la autoridad, autor del derecho, institutor de la familia, base de la propiedad, director único de la enseñanza. En una palabra, es un cierto dios.

El Estado, segun la paradoja histórica de Rousseau, origen de todos los delirios liberales modernos, es como la suma de las voluntades de todos, y por tanto en su omnipotente entidad representa el derecho libérrimo de todos, y muestra cuál es la libre voluntad de sus componentes por medio del sufragio. Y aquello que la mayoría de los sufragios declara bueno, bueno es; lo que define como verdadero, aquello es lo verdadero; sin que en cielos ó tierra quepa norma superior á ésta, ni ulterior apelacion. De lo cual resulta, en la práctica, trocada esa independencia absoluta del Estado en la más odiosa y degradante servidumbre de todos los que dependen de él. El dios-Estado con tales atribuciones condecorado, es un déspota horrible que con brutalidad sin igual dicta sus caprichosas leyes y las impone *porque sí*, sin otra fuerza ni prestigio que el que le dan el látigo ó el sable que blande sobre la multitud embrutecida. De donde, por reaccion natural de la humana dignidad, síguese en el pueblo una constante rebeldía contra ese linaje de autoridad humana en-

diosada, brotando entonces espontáneamente de los labios de todos aquella famosa exclamacion de un poeta:

¿Quién al hombre del hombre hizo juez?

Porque, en efecto, si el que ha de mandarme y juzgarme en esta vida no me manda y juzga en virtud de un principio superior á mí y á él, ¿en virtud de qué derecho me manda ó me juzga este hombre, como no sea solamente por el hecho brutal de que es más fuerte que yo?

Tal es el fundamento de la teoría masónica sobre los derechos del Estado y los deberes del ciudadano. Veamos ahora la enseñanza católica.

Enseña el Catolicismo que el hombre ha sido criado por Dios para vivir en sociedad, y para mediante ella alcanzar su eterno fin. La organizacion social no es, pues, producto de un pacto ó convencion entre los asociados, como mintió Rousseau, sino de un querer de Dios que ha creado al hombre así y no de otra manera. La sociedad es, pues, de derecho divino

por su fin y por su principio. Siéndolo ella, lo son sus bases fundamentales, la primera de las cuales es la autoridad. Así que, es de derecho divino toda legítima autoridad. Los que se burlan del derecho divino suponen mentirosamente que el Catolicismo no lo reconoce más que como auréola sagrada de los reyes. Nada más falso. Para la Iglesia es de derecho divino toda autoridad legítima, así la Real, como la aristocrática, como la popular, como la mixta. Para la Iglesia, quien legítimamente manda, nunca manda en nombre propio ni en nombre del pueblo; siempre manda en nombre de Dios, único que puede autorizar que mande un hombre sobre otro hombre su igual. Derívase de esto, y segun esta divina enseñanza, que el que manda, sea quien fuere, no es más en esta su prerogativa de mandar, que un ministro ó representante de Dios, *minister Dei in bonum*, como dice san Pablo, «ministro de Dios para el bien;» de lo cual resulta que el que manda nunca puede hacerlo legítimamente segun su humor ó antojo, sino segun leyes de recta natural razon y

de divina Revelacion, previamente constituidas. De lo cual se saca tambien que el gobernante ha de ser el primer súbdito de las leyes que está encargado de aplicar, puesto que en rigor tales leyes no las hace él, sino que las promulga y manda observar como meras aplicaciones prácticas de otra ley más elevada de la que se reconoce él el más obligado vasallo. Lo cual al paso que ennoblece el carácter de la autoridad, que adquiere de esta suerte ciertos visos de divina, ennoblece además la obediencia, pues resulta en definitiva que ésta no se presta á caprichos de hombre, sino á ordenacion emanada de Dios. Y hasta tal punto enseña la Iglesia estas verdades de Derecho público cristiano, que permite que si un gobernante manda, no segun la ley de Dios, sino por su antojo ó capricho, se le llame tirano; y quiere que si manda en oposicion á dicha ley de Dios no se le deba en modo alguno obediencia. Con lo cual sábiamente deja garantidos la enseñanza católica á la vez los fueros de la autoridad y los fueros de la libertad, resolviendo con esto solo el complicado proble-

ma de las relaciones entre el súbdito y el gobernante, problema que las constituciones masónicas modernas tantos años há trabajan vanamente en resolver, logrando tan sólo traerlo cada día más enredado.

Masónicamente discurren, pues, y masónicamente hablan, y no católicamente, los que ante toda arbitrariedad del Estado gubernamental dicen que se debe doblar la cerviz aún con daño de los fueros de la conciencia cristiana; los que propalan el necio principio de la soberanía nacional y la otra necia majadería de que todos los poderes emanan de la nación, y la otra estupidísima de que el rey y el Parlamento lo pueden todo menos hacer de un hombre una mujer. Masónicamente discurren y masónicamente hablan los que en ocasiones dadas ante una ley cualquiera inicua ó vejatoria creen salir del paso diciendo: «Es ley del Estado,» como si despues de esto ya nada restase por averiguar.

Ya sabemos que contra esta teoría absorbente del Estado-dios se ha ideado modernamente un cierto contrapeso en la teoría de los derechos individuales del ciuda-

dano, imprescriptibles é ilegislables. Mas como la base de estos supuestos derechos individuales no sea otra que el puro racionalismo, sin más ley ó norma superior que el mismo hombre que los ha de ejercer, síguese de ahí el mismo inconveniente en inverso sentido, ya que de admitirse esta flamante teoría no se sustituiría el despotismo gubernamental más que con la anarquía popular, que es en último término el despotismo de las turbas, que siempre para al fin en la opresion de los menos y de los más dignos, por los más en número y los más desenfrenados.

¡Todo por no admitir en la sociedad civil un moderador divino, una ley superior á lo humano, un principio sobrenatural! ¡todo por querer únicamente montar la sociedad sobre el Naturalismo, anhelo infernal de la Masonería!

XI.

De lo que difieren el Masonismo y el Catolicismo con respecto á la constitucion de la Familia.

No es menos evidente la oposicion de doctrinas que con respecto á la constitucion de la Familia profesan el Masonismo y el Catolicismo: ni podia ser de otra manera, dado que, siendo la Familia el elemento social por excelencia, á él más que á ningun otro debia aplicarse por la Iglesia el criterio sobrenatural, y por la Masonería el criterio naturalista ó secularizador.

Enseña la Masonería que el acto por el cual se constituye la Familia, que es el matrimonio, nada tiene absolutamente que ver con Dios ni con la Religion. El hombre, dice, se junta á la mujer, porque á eso llama á ambos su comun naturaleza, sin que ninguna ley divina deba regular las condiciones de esta union. Mas como esto es muy groseramente animalesco para que lo acep-

te sin protesta el género humano, que al fin aún se reconoce superior en alguna cosa á los perros y á los mulos, la Masonería ha inventado para colorear esas uniones sin Dios una cierta sancion falsa, lo más posiblemente imitada de la verdadera, y la ha condecorado con el nombre de matrimonio civil. Atribúyese así el Estado en lugar de Dios el derecho de sancionar la union legal de los dos sexos, y de prescribirle determinadas condiciones.

El absurdo está tan á la vista, que no hay apenas necesidad más que de exponerlo para que el más míope lo eche de ver. Quitada del matrimonio su sancion divina y sobrenatural, quédale no más que esta humana. La cual, por muy respetable que se la suponga, no pasará nunca de ser humana, proceda del rey, proceda del Parlamento, ó proceda de ambos á la vez. No puede, pues, la ley humana dar á ese contrato del matrimonio fuerza mayor que la que da á los demás contratos civiles que ella autoriza y legisla. Ahora bien. En los demás contratos á nadie puede la ley obligar más allá de lo que cada uno de los con-

tratantes quiere obligarse, y áun puede cada uno de ellos añadir al contrato las condiciones, restricciones ó limitaciones que de comun acuerdo estipule con la otra parte contratante. Queda, pues, el matrimonio reducido á las condiciones de todo contrato, ó mejor de simple *trato*, como ha dicho no sin gracia un ingenioso escritor. Y el tal trato, al que las partes tratantes son dueñas de añadir ó de quitar las condiciones que á ellos dicte su libre voluntad, es por consiguiente ni más ni menos que la anulacion completa de la ley conyugal, la verdadera abolicion del matrimonio.

Ni opongan á eso los masonizantes que precisamente para la conservacion de ese vínculo ha establecido la ley, que no tenga efectos civiles ninguna union como no venga sancionada con todos los requisitos legales del llamado matrimonio civil. Inútil reparo. En primer lugar, es un capricho despótico de la ley ó del Estado querer intervenir, en nombre del hombre sólo, en un contrato como éste, dictándole leyes tan absolutas, cuando todos los demás contratos los deja á la libre y soberana vo-

luntad de los contratantes. La lógica puede más en el hombre que el articulado de la ley, y cuando este articulado es ilógico é inconsecuente, por sí propio se desautoriza la ley, en el concepto de aquellos mismos que han de acatarla. Así en este caso la ley mandará, por ejemplo, muy oportunamente que ningún hombre se case más que con una mujer, y que tal enlace sea perpetuo, y que además no pueda verificarse dentro tales y cuales grados de parentesco. Mas como no mandará esto en virtud de ningún principio superior y de orden divino, sino porque así le ha parecido bien al legislador monárquico ó democrático, es decir, por mero juicio del hombre, dirá al punto un ciudadano cualquiera, tan hombre como aquel que ha dictado la tal ley: «Vamos á ver, ¿por qué si dos mujeres se avienen á vivir á la vez en honrado matrimonio conmigo, no han de poder? Y si una mujer ó varias mujeres tratan conmigo este enlace, y si convenimos los tres en que no sea válido más que por una temporada, reservándonos el derecho de ratificarlo ó no ratificarlo cada año ó cada quinquenio ó cada

mes ó cada minuto, ¿por qué no hemos de poder? Y si tal enlace lo queremos entre primos, ó entre sobrinos y tíos, ó entre verdaderos hermanos, ¿por qué no hemos de poder? ¿Qué derechos ajenos se dañan aquí? ¿Qué ley universal se perturba? ¿No hubieron de conocerse en el principio del mundo por necesidad los enlaces entre los más próximos parientes? ¿No fué ley general de varios pueblos la poligamia? Y, sobre todo, para poder esas cosas, ¿no basta que las quieran, sin perjuicio de tercero, los propios interesados? Si se arroja por inútil á Dios del contrato conyugal, ¿por qué se ha de meter en él la vara del alcalde ó la del juez? Si el matrimonio es mera funcion humana, les basta al hombre y á la mujer su respectivo derecho humano para salirse con él adelante.» Así puede argüir á la ley masónica cualquier ciudadano, y la ley masónica nada puede responder á esa argumentacion que es de mero sentido comun.

Mas aunque la ley humana tuviese de sí bastante fuerza moral y suficiente derecho para dar conveniente sancion á un

acto tan grave como es el de que aquí se trata, sabido es que hoy día la ley humana, precisamente porque se ha privado ella misma de su fundamento en la ley de Dios, no está segura ella misma de lo que mañana prescribirá en oposicion tal vez á lo que actualmente acaba de prescribir. Nos explicaremos. La votacion de un Parlamento ha dicho hoy que son legítimamente casados un hombre y una mujer con sólo formalizar su declaracion ante el alcalde ó juez. De suerte que eso es hoy matrimonio, porque una votacion parlamentaria lo ha resuelto así. De consiguiente, eso no será matrimonio mañana, si mañana otra votacion parlamentaria lo ordena de otra manera. Luego la formalidad sacratísima del vínculo conyugal, base de la familia, penderá siempre de que tantos diputados contra una minoría de tantos otros, resuelvan que se considere de esta ó de aquella manera constituido. Y podrán decretar que no sea individual el enlace del hombre y de la mujer, sino que sea poligámico ó poliándrico, y será ley si lo decretan de esta suerte. Y pueden votar

que sea temporal y no perpetuo el contrato, y será ley si así lo votan. Y podrán resolver que esté á voluntad de los dos cónyuges el divorcio ó de uno solo, como acababan de resolver los revolucionarios de Francia, y será ley en cuanto lo resuelvan. Y nada podrá oponerles, dado el criterio racionalista ó masónico, la más escrupulosa jurisprudencia. Véase, pues, si es ó no cierto que la llamada institucion del matrimonio civil entraña en sí radicalmente la anulacion de todo verdadero matrimonio, y es sólo una máscara pasajera para que no vea el pueblo incauto á dónde se le quiere conducir.

¿Hay necesidad aquí de contraponer á la vil enseñanza masónica sobre el matrimonio la enseñanza que da sobre él la Iglesia católica? No, que harto la conocen todos nuestros lectores. La Iglesia enseña que es divina la institucion matrimonial, ya en el Cristianismo, ya fuera de él. Fuera de él, antes de su aparicion y en los países que no ha alumbrado aún su divina luz, cásanse el hombre y la mujer, no por derecho que les dé el Estado, ni por trámites que

les marque la ley civil, sino por aquel principio de orden superior que fué establecido por Dios en el mundo cuando dijo: «Dejará el hombre á su padre y á su madre y se juntará á su mujer, y serán dos en una carne.» Así en la ley natural es la voluntad sola de los contrayentes ante Dios la que hace el matrimonio, y es á lo más la autoridad del padre de familias la que lo bendice y sanciona. En los cultos positivos, áun en los más extraviados, es la Religion quien siempre se presenta á autorizarlo. Dentro del Cristianismo el matrimonio recibe consagracion aún más elevada. Cristo lo eleva á la dignidad de Sacramento, y lo declara símbolo de la union misteriosa que hay entre Él y su Iglesia. Y por ser Sacramento deja en manos de ésta determinar su reglamentacion y circunstancias, así como garantizarle su unidad y su perpetuidad, sustrayendo esas sus leyes al vario capricho de los hombres y al vaiven de las leyes humanas, no menos caprichosas frecuentemente que los hombres sus autores.

Dígasenos ahora si el Masonismo y el Catolicismo no se oponen radicalmente en

esta su respectiva apreciacion del matrimonio; dígasenos además cuál de las dos provee mejor á los fines sublimes de él, á la honra de la mujer y á los propios fueros de la dignidad humana.

XII.

Del modo radicalmente opuesto con que consideran el
Masonismo y el Catolicismo los derechos de la patria
potestad.

UN enseña monstruosidades peores que éstas el Masonismo con relacion á la Familia, y no sólo las enseña, sí que las practica. Consecuencia de su modo de organizar únicamente á lo civil esa fundamental institucion, y del absurdo principio que se establece de que la Familia es creacion de la ley civil, y que de ésta recibe todo su sér y naturaleza, da un paso más el Masonismo y afirma que todos los derechos que nacen del matrimonio, segun él creacion puramente del Estado, están úni-

camente al Estado subordinados. De donde resulta que el primero y principal de todos estos derechos familiares, que es el que se conoce con el nombre de *patria potestad*, no lo tienen los padres sino de una supuesta concesion de la ley civil, y en la forma y hasta donde á ésta plazca autorizarlos. De donde nace tambien el derecho que se arroga el Estado masónico sobre la educacion, que orgullosamente pregona con el lema de educacion obligatoria, uno de los puntos culminantes del programa que para el mundo del porvenir tiene anunciado la Masonería. Porque el padre y la madre, segun esa horrible manera de discurrir, no ejercen al tener hijos una funcion natural (*officium naturæ*, que dijo un filósofo), sino una funcion social, y en este concepto no tienen hijos el padre y la madre sino por cuenta del Estado, que es como su poderdante, y los hijos antes son del Estado que de sus propios padres, y antes el Estado que sus padres tiene sobre ellos jurisdiccion. Despotismo horrible, grosero, que convierte las familias en meras crias para uso de ese feroz tirano, dueño del

vasto criadero: despotismo brutal y anti-humano que no obstante se proclamó como nuevo dogma de regeneracion humana en la Revolucion francesa, y que desde entonces ha sido más ó menos disimuladamente el pié forzado de todas las legislaciones inspiradas por la Masonería.

Y, sin embargo, esto es falso, es monstruosamente falso, es contra todo derecho positivo y natural. La Familia no es creacion del Estado: antes más bien pudiera decirse que el Estado es creacion ó ampliacion de la Familia, pues no se concibe Estado sin precisas familias agrupadas ó ampliadas para constituirlo. No le vienen, pues, á la Familia sus derechos, de otorgacion alguna del Estado: ni es el Estado quien le confiere al padre su patria potestad, sino que á lo más se la reconoce y regulariza en su ejercicio. Es mentira, pues, y groserísima mentira, que los hijos sean antes del Estado que de sus padres, ó que para el Estado los dén esos al mundo, y que de ellos pueda disponer el Estado á su libre voluntad y antojo. Y es mentira por consiguiente el principio en que se funda

la llamada educacion obligatoria; ni puede el Estado obligar al padre á educar al hijo de tal ó cual manera, ó impedirle que lo eduque á su gusto y sin otra norma y sujecion que la que le impone su conciencia á tenor de otra más alta ley. Es, pues, tiranía antinatural, antihumana, antisocial y antireligiosa la que se pretende imponer á los pueblos con ese modo de considerar la institucion doméstica, así en su principio como en sus derechos esenciales.

No lo entiende así la Iglesia, nó; antes ella, la acusada de opresora de todas las libertades, es en eso como en todo la más celosa de los fueros de la verdadera libertad. Enseña que los padres tienen hijos, que les vienen de Dios que les hizo padres, y que los tienen únicamente para el fin nobilísimo de procurarles nuevos servidores á Dios y nuevos herederos á su reino; con lo cual dicho se está que los tienen tambien para que sean acá buenos y honrados ciudadanos. Reconoce la Iglesia en el padre y en la madre el derecho y el deber de educar para este soberano fin á su hijo; pero

es tan celosa de los fueros de la libertad natural, que si un padre y madre no pertenecen por el Bautismo á su jurisdiccion, se considera ella misma inhibida de intervenir en la educacion del hijo hasta que se halle éste en edad de obrar y fallar por propia conciencia. Así está severamente prohibido bautizar á los hijos de los infieles contra la voluntad de sus padres; no así cuando uno por lo menos de estos padres es súbdito de la Iglesia por el Bautismo. Y considera la Iglesia como un atentado contra el derecho natural la educacion de un hijo menor en la misma Religion cristiana contra la expresa voluntad de su padre y madre no bautizados. Y más tarde, cuando el hijo es mayor de edad, no le admite la Iglesia al estado religioso sin el permiso de los padres mientras éstos necesitan de él para su subsistencia; y sólo en caso de que sea del todo irracional ó infundada la negativa, por no existir aquella necesidad; y supuesta siempre la mayor edad del pretendiente, le admite la Iglesia á la referida profesion. Que tan delicada anda ella en respetar todos los derechos naturales; mu-

cho más, infinitamente más que el Naturalismo, que no es sino la falsificación del verdadero derecho natural, como el Liberalismo es la falsificación de la verdadera libertad, y el Racionalismo es la falsificación de todo lo verdaderamente razonable.

Sin embargo ¡ oh ceguedad ! las legislaciones inspiradas en este principio cristiano son llamadas tiránicas y depresivas de la dignidad humana, violadoras de los derechos de la naturaleza, profanadoras del doméstico hogar. Y las que, al revés, inspira en aquel otro su grosero materialismo pagano la secta masónica, son las libres, las nobles, las patrióticas, las que elevan al ciudadano. Y pensar que por ese camino se va rectamente á aquel ignominioso y abyecto modo de ser de la Familia, segun el cual los hijos no son más que *cosas* de la nacion, carne de cañon para el supremo gobernante, si éste la da por empresas militares con que endiosar su nombre; carne de oficina si, al revés, no es el espíritu militar sino el oficinesco y burocrático el que domina en aquella nacion. A eso nos conduce á pasos agigantados la Masonería, á

medida que va logrando su infernal anhelo de arrancarnos de la Iglesia. Emancipa al hombre, es verdad, pero del seno y de los brazos de la Madre tiernísima, para entregarlo atado de piés y manos á la jurisdiccion del cabo de vara, único pontífice digno de regir con esa clase de cetro tan abyecta sociedad.

XIII.

De cuán esencialmente contradictorios entre sí son los criterios con que discurren sobre la Propiedad el Masonismo y el Catolicismo.

LA Propiedad es otra de las instituciones fundamentales de la sociedad, que ha sufrido la demoledora accion del Masonismo. Es consiguiente que así fuese. Destruida ó en gran parte averiada la nocion de la Familia, tarde ó temprano debia sufrir suerte análoga la de la Propiedad, que es tan semejante á ella. Así el concepto masonico de la Propiedad, al igual de lo que

hemos visto en el matrimonio, viene á ser ni más ni menos que la anulacion de ella. El Masonismo considera la Propiedad, no como un derecho natural del hombre, anterior á su condicion de ciudadano, sino como una creacion del Derecho civil, y por tanto subordinada en todo á las disposiciones arbitrarias del dios-Estado. Así hemos visto al Estado, por puros motivos de conveniencia propia, declarar nula la Propiedad sagrada y comunal, que se funda en iguales títulos que la seglar y privada; y en cuanto á ésta de tal modo legislar sobre ella y cargarla con tales gabelas, así en su uso como en su transmision, que el propietario ha venido á ser poco más que administrador de su finca ó una especie de arrendatario privilegiado de ella. Todo lo cual dimana del falseamiento de esa noción delicadísima, que despues de la del matrimonio es la más delicada. El Estado masonícamente constituido viene (aunque claramente no lo diga) á considerarse dueño absoluto de todos los bienes de los ciudadanos, como se considera tal de todos sus hijos. En este concepto anula el derecho

sacratísimo de Propiedad en quien se le antoja, como hizo con el de la Iglesia y comunes por medio de la desamortización; imposibilita el libérrimo uso de ella que es su esencia, por medio de las leyes de desvinculación; despoja de ella por fútiles motivos al ciudadano contra su voluntad, como se ve en muchos de los casos hoy tan latamente concedidos de expropiación forzosa; sin contar esa especie de barato que, como hemos indicado, se cobra sobre las herencias y contratos de transmisión. Así el Estado masónico, sin profesar abiertamente el socialismo, lo cual (la palabra, no la cosa) se deja sólo para demagogos de plazuela ó de club; sin profesar, digo, abiertamente el socialismo, es en su espíritu y en sus fines y en no pocos de sus procedimientos perfectamente socialista. Hasta el punto de que si el socialismo crudo y sin tapujos llegase un día á prevalecer en el orden práctico y material, nada tendría que inventar para implantar sus horripilantes teorías; bastaría generalizar los principios que le viene anticipadamente estableciendo años há el criterio masónico y libe-

ral, y hacerlos extensivos á todas sus lógicas consecuencias y aplicaciones.

De todo eso es antítesis perfecta la doctrina del Catolicismo sobre la Propiedad. El Catolicismo reconoce la Propiedad como derecho natural é inherente á la personalidad humana. Según el Catolicismo, el hombre es propietario por naturaleza, como por naturaleza es social, como por naturaleza es hombre; es decir, por expresa voluntad de Dios. Y anteriormente á las legislaciones civiles era ya propietario el hombre, y nadie podia despojarle, por ejemplo, de la res que habia cazado ó del fruto del árbol que habia plantado ó del artefacto que con sus manos se labró. No pueden, pues, las legislaciones civiles despojar arbitrariamente á nadie de su Propiedad, no pueden hacer más que garantirla y regularizar su ejercicio, para que use de ella el ciudadano sin perjuicio de los demás. Pero no pueden rasgar sus títulos sagrados é inviolables, como ha hecho en nuestro siglo por tan inicuas leyes, que no son, moral y jurídicamente consideradas, más que actos de legal bandolerismo. Y á esta noción res-

petabilísima de la Propiedad que no la hace, como igualmente á la autoridad y á la familia, creacion del hombre sino institucion de Dios; á esta nocion de la Propiedad de derecho divino, en oposicion á la otra falseada que pudiéramos llamar Propiedad de derecho humano, ha añadido la sancion del séptimo mandamiento, que no tanto es prohibicion del hurto, como nueva consagracion del derecho de Propiedad. Mandamiento que prohíbe el hurto y la rapiña, no solamente á los particulares, sino á los Estados ó gobernantes, y á tenor del cual maldice en el Antiguo Testamento la memoria de aquella reina Jezabel que usurpó la humilde viña del pobrecito Naboth, y nos muestra en la historia de sus obispos la grandiosa figura de san Juan Crisóstomo encarándose nada menos que con la emperatriz Eudoxia, exigiéndole la restitution de unos escudos á una infeliz viuda, á quien tan alta majestad se los habia defraudado. Así entiende la Iglesia el derecho de Propiedad y así entiende el séptimo mandamiento.

La Propiedad de derecho humano ó de

mera institucion civil , como la entiende y practica el Masonismo, no hay que indicar aquí que está expuesta áun para su seguridad legal á iguales riesgos que los que no há mucho hacíamos notar en el matrimonio. Si la Propiedad es mera creacion del derecho positivo humano, está sujeta como éste á las variaciones y vicisitudes que puedan provenir de un cambio de legislacion. Y como ésta cambiará en cuanto cambie el poder legislativo, cuando por alguno de los altibajos de la Revolucion (nada improbables hoy dia) se llegue á imponer al país una Cámara legislativa compuesta de elementos socialistas que reunan en ella mayoría parlamentaria , puede tal Cámara votar sencillamente la abolicion de la Propiedad, ó su reorganizacion segun el ideal del colectivismo, ó simplemente su reparto á tanto por barba, que es el modo como entiende más ordinariamente el pueblo la teoría socialista. Puede votar eso una Cámara legalmente constituida, y nadie se lo podrá legalmente impedir ni reprochar; y no hay jurisprudencia en el mundo, dados los principios masónicos , que pueda tachar de ab-

surda esta votacion, antes debe reconocerla perfectamente lógica. Y sobre todo, si tal Cámara socialista recuerda en los considerandos ó preámbulo de su futura ley, que tal abolicion de la Propiedad no es cosa nueva, sino que años há se ha puesto ya en práctica contra la Iglesia con el nombre de desamortizacion, y que en virtud de ella figuran como propietarios muchos de los que así se llaman hoy día, dígame aquí el más pintado jurisconsulto, ¿qué réplica se le puede oponer, dentro de las teorías masonicas, á dicha ley? Podrán llamarla un atentado los infelices despojados por ella, pero el pueblo y la ciencia y el buen sentido no deberán llamarla más que una legalidad.

Esta es la consecuencia de arrojar la idea de Dios de las instituciones humanas. No hay institucion humana que no quede en el aire si se le quita su fundamento divino, porque el órden sobrenatural es la condicion indispensable del mismo órden natural. Algun tiempo pueden en apariencia vivir sin Dios las cosas del hombre, pero sin Él á corto plazo languidecen y mueren.

Como el árbol á quien secretamente se ha cortado su raíz principal, al primer día no aparecen marchitas sus ramas, mas á los pocos días indefectiblemente se le secan y mueren por falta del necesario jugo. Advirtiéndolo, además, que tales cosas humanas, ni siquiera al dejar de ser divinas, pueden quedarse en simplemente humanas, como arriba indicámos, sino que pasan á ser francamente satánicas. Que el hombre no puede vivir emancipado y sin un dueño ú otro, como sueña en su insensata vanidad. Si arroja de su trono á Dios, ese trono un instante vacío no tarda en ocuparlo inmediatamente el demonio.

XIV.

Cuál es el concepto masónico y cuál el católico sobre la pública Educación.

SIGUIENDO el programa que nos hemos impuesto para hacer resaltar las divergencias esenciales de doctrina que separan al **Masonismo del Catolicismo**, tócanos ahora

hablar de la Educacion , que es otro de los puntos en que más radical es la mutua oposicion de ambos criterios.

El Masonismo y el Catolicismo hállanse á la vez ante un niño, y convienen en que este niño , además de alimento material que nutra su cuerpo, necesita de alimento moral que nutra su espíritu. Convienen ambos en que es precisa la Educacion. El Catolicismo ve en el niño un sér criado por Dios á su imágen y semejanza, pero sér averiado , maleado por un vicio original que ha hecho aparecer en él multitud de gérmenes que conviene neutralizar, y de aviesas inclinaciones que es necesario corregir. Es un campo donde, si bellas flores y sanos frutos han de cosecharse , debe preceder siembra de buenas semillas, riego á su tiempo, limpia constante de malas hierbas, esmerado cultivo en una palabra. De no cuidarse así este campo, no quedará yermo y sin frutos , sino que los tendrá abundantes y ponzoñosos en todo género de perversion y maldad. Y tal cultivo, ora blando, ora severo, ora que aliente, ora que reprima, ora que abata, ora que eleve,

es lo que entiende el Catolicismo por educacion. Y para que tal cultivo sea eficaz, lo primero que impone al niño es la nocion de la ley moral que debe acatar, y la sancion eterna de esta ley que debe esperar ó temer, segun la cumpla fielmente ó la quebrante. Y como no puede darse ley sin legislador, ni sancion legal sin juez que la aplique, empieza por infundir en el ánimo del niño la idea de Dios, que es el oculto Legislador por cuya autoridad tiene fuerza la ley, y el Juez por cuyo castigo ó recompensa debe la ley ser obedecida. Y así con los demás consejos y máximas y ejemplos y auxilios de su divino organismo que es la Iglesia, cree el Catolicismo tener el mejor y más perfecto y más lógicamente montado sistema de educacion, único que le permite desde tierna edad enfrenar al niño y hacerse dueño hasta de sus más recónditos afectos y sentimientos. Tal es la educacion católica, basada enteramente en el órden sobrenatural.

El Masonismo procede de opuesta manera, segun su criterio groseramente naturalista. El Masonismo toma al niño y empie-

za por errar en el concepto fundamental de él. Míralo, no como sér maleado por el pecado original, sino como sér perfecto y en el pleno dominio de sí mismo y en toda la integridad de su perfeccion moral. Ocurriré aquí preguntar: Si es perfecto este niño y nada hay vicioso ó deforme en él, ¿qué tiene que hacer en él la educacion? Nada absolutamente: donde no hay gérmenes aviesos y malas tendencias que contristar, lo que procede es que crezca segun toda su frondosidad natural el árbol humano, sin que vaya el bueno del podador á cercenar excrecencia alguna de él. Instruirle convendrá, pues, no educarle: que aprenda letras y guarismos y Geografía y Física y Química é Historia y Música y Gimnástica, pero que no se ocupe el maestro en la formacion del corazon: éste tiene ya en sí todo lo que necesita para su cabal desarrollo. Siguiendo este procedimiento (muy lógico desde que se parte de la negacion del pecado original), inútil es hablarle al niño de Dios ó de Religion ó de cuanto con esto se relacione: hé aquí lógicamente justificada la que se llama enseñanza *laica*,

novedad que la Masonería se esfuerza en introducir hace algunos años en nuestro país.

¿Ven claramente ahora nuestros lectores en qué consiste la diferencia esencial entre el concepto masónico y el concepto católico tocante á la Educacion?

No se necesita más para que sobre cada uno de ellos dé su fallo imparcial el simple buen sentido. El hombre no nace perfecto, como quiere suponer la Masonería. El hombre nace y crece, no para un pacífico desarrollo, sino para un duro é incesante combate consigo mismo y con casi todo lo que le rodea. La obra de la Educacion es, pues, enseñarle á luchar para facilitarle el vencer. ¿Y qué armas le da para esos combates, y qué lecciones le ofrece para esas batallas la educacion laica ó sin Dios? Ninguna por cierto. Al revés, empieza por euvalentonar en él todos los malos instintos, que son los principales enemigos que ha de combatir, halagándolos con la idea de una independencia total que no consienta la idea siquiera de sujecion ó enfrenamiento. Todas las válvulas por las que

puede arrojarse impetuosa y embravecida la pasión se las deja abiertas ó lamentablemente descuidadas: los resortes poderosísimos que sólo la Religión posee para comprimirlas y regularizar su ejercicio, los califica de necias supersticiones. El niño así imbuido, fuerza es que resulte, si es de sangre viva, una fiera; si es de temperamento muelle, un cerdo de Epicuro; nunca un hombre capaz de llevar sobre su frente, no ya solamente la nobleza de cristiano, pero ni la dignidad de racional.

XV.

Qué piensa el Masonismo sobre la Enseñanza oficial y qué el Catolicismo.

Si difieren esencialmente el Catolicismo y el Masonismo en precisar y regular lo que se entiende vulgarmente por educación, júzguese cuál será el abismo que á los dos criterios ha de separar en lo relativo á la cuestión de la Enseñanza. Aquí,

empero, se da la ventaja de que es más franca y al descubierto esa mutua oposicion de los dos sistemas; aquí de nada sirve el embozo, para que no se conozca ya desde el primer momento cuáles son los enemigos contra quienes ha de vivir prevenido el firme católico de hoy.

El Catolicismo enseña que toda Enseñanza ha de darse subordinada al dogma, en lo que tenga relacion más ó menos directa con él. La razon es clara. Lo que se llama *la ciencia*, aún en su concepto más digno y elevado, no es ordinariamente la verdad cierta sino la verdad presunta, ó sea la verdad que se tiene por tal, no faltando ejemplos muy frecuentes de teorías las más autorizadas y por nadie puestas en duda, que han pasado poco despues á la categoría de solemnísimas paradojas. Dada la esencial falibilidad del humano entendimiento, éste debe ser el concepto que se tenga de la verdad filosófica ó científica, y no cabe otro. No así la verdad religiosa en la parte de ella formalmente dogmática y definida. Esta es la verdad cierta, fija, objetiva, independiente del descu-

brimiento de mañana ó del próximo siglo, una, inmutable, indefectible, eterna como Dios. Es, pues, norma rigurosamente científica, que la verdad meramente presunta é hipotética se subordine á la verdad fija y absoluta; que ésta sea piedra de toque para aquilatar la realidad de aquella; que lo que se conoce cierto *à priori* sea base y norte para la averiguacion y confirmacion ó refutacion de lo que se va conociendo despues. Hé aquí por qué el Catolicismo exige que todo órden de humanos conocimientos parta de la indiscutibilidad de sus enseñanzas dogmáticas, y guarde fiel y escrupuloso ajuste con ellas, sin permitirse el menor desvío á título de libertad. Y sólo así se enseña católicamente y católicamente se aprende. Lo cual ¡gracias sean dadas á Dios! no ata en modo alguno ni coarta los legítimos vuelos de la humana inteligencia, antes la ayuda dándole seguros puntos de partida; como de eso hay por fortuna sobrada experiencia en los remontados ingenios que ha tenido en todos tiempos el Catolicismo, que por cierto no han encontrado chicos los

horizontes de su investigacion porque les haya exigido él esta precisa subordinacion á sus infalibles verdades. Antes al revés, en amplitud de miras, en elevacion de ideales, en fecundidad de descubrimientos, en holgura de raciocinio y de observacion experimental, bien pudieron competir en todos los siglos los hijos de la fe con los sectarios del llamado libre-pensamiento; y bien pueden hoy dia, ciertos de que les dejarán aquellos á éstos á centenares de leguas de distancia.

La Enseñanza masónicamente organizada se declara en todo y por todo libre-pensadora. Así es por desgracia la que se da hoy en casi todos los centros oficiales del mundo, aún en nuestra España. Segun declaraciones gravísimas que con asombro acabamos de oir de funcionarios que despues de todo querrán pasar aún por católicos, los límites del profesor deben reducirse á una cierta prudencia en no herir lo que la legalidad reputa por inviolable, lo cual á la hora presente casi ya no sabemos qué significa, tan vagos y elásticos se han puesto en la práctica los límites de

esa inviolabilidad. La ciencia, ó lo que por tal se proclame, es, pues, libre para permitirse toda clase de desahogos y libertades, inclusa la de enseñar que el hombre no es más que un orangutan perfeccionado, ó que Dios es un mero fantasma de la superstición popular. Masónicamente hablando esos son los derechos de la ciencia, esos los fueros de la Enseñanza. Y á quien así adoctrine la juventud, más que les añada luego principios de moral calcados en los ideales del amor libre ó en los siniestros programas de la liquidación social, nadie se lo puede lógicamente reprochar ni impedir.

Es verdad que el Masonismo doctrinario y manso no tolera tales aplicaciones del criterio libre-pensador, mas esto sólo muestra que el Masonismo, además de falso, es inconsecuente aun con su propia falsedad, lo cual es doblemente inicuo y vergonzoso. Porque si no se admite para la ciencia el veto ó freno del dogma católico, ¿para qué se ha de admitir el freno ó veto gubernamental? Si la Iglesia no tiene derecho para exigir en nombre de Dios el

respeto á ciertas verdades tuyas, ¿qué derecho puede tener el ministro del ramo para que le respeten como inviolables ciertos principios ó instituciones sociales? O es libre en sus vuelos y en sus tumbos la humana inteligencia, hasta para despeñarse donde ella quiera, ó no lo es. Si lo es, lo es enteramente. Déjesela, pues, andar en cueros vivos y sin uniforme de empleado oficial.

Más claro. Dada cierta lealtad en el principio masónico, si en el Masonismo cupiera lealtad, lo único consecuente á sus principios sería la proclamación franca de la libertad profesional, sin los refrendos de la Universidad. Mas esto no conviene á la secta, que sabe de cierto que en ese terreno de la libre competencia sería vencida por la Enseñanza católica. A la secta le conviene el monopolio oficial, la Enseñanza con el refrendo racionalista del Estado, que se constituye de esta suerte su único legal depositario y dispensador. Así se ha creado el ídolo del Estado-docente, que ningún otro siglo conoció jamás, á semejanza de lo que hemos visto al tratar

de la propiedad, del matrimonio y de la patria potestad. Resultado: más odiosa sujecion del ciudadano bajo el poder de una cien veces y mil veces más oprobiosa tiranía, que la que falsamente se ha querido suponer oprimia á la Enseñanza antigua sometida al noble magisterio de la Iglesia de Dios.

XVI.

Prosigue esta misma importantísima materia.

LA tiranía masónica del Estado-docente, de que en el último capítulo hablámos, resulta más irritante por más injustificada cuando recae en una nacion unánimemente católica ó poco menos, como por fortuna lo es todavía, á pesar del estrago revolucionario, nuestra España. Sucede entonces que á la violacion brutal de los derechos de la verdad religiosa se añade la violacion no menos impía de los derechos del ciudadano, á pesar de pregonarse á todas horas

tan celoso tutor y salvaguardia de los mismos el Estado masónico ó liberal.

Sí, porque ¿quién puede negar que los padres de familia católicos, aún los que prácticamente dejan algo que desear en punto á catolicismo, desean todos para sus hijos Enseñanza católica? ¿Y quién puede desconocer que esos padres de familia constituyen aún hoy la mayoría, la casi totalidad de la masa contribuyente? Sin embargo, párense nuestros lectores en el horror de lo que acontece; párense en ello, porque de puro usual que se ha hecho en nuestros días esta infamia, ya quizá no les llama la atención. Ellos pagan la Enseñanza oficial, ellos dan su dinero á los catedráticos, ellos sostienen las Universidades é Institutos y Escuelas normales y primarias. Ellos sostienen todo eso con sus contribuciones primero, y luego con sus matrículas cuando á tales establecimientos llevan sus hijos. Pareco, pues, que pagándolo ellos, ya que lo pagan, y que por cierto muy caro se les vende, debieran por lo menos obtenerlo conforme á su deseo y voluntad. Pues no hay tal. El

Estado vende su Enseñanza, la vende cara, la vende con privilegio exclusivo, no permitiendo sea válida la que en otro establecimiento se dé; y sin embargo se arroga el derecho de no darla ni siquiera á gusto del comprador y del consumidor, que es lo que se estima obligatorio en todo contrato de compra-venta, sino que la da contra el gusto y contra los intereses de dicho su consumidor y comprador, violando así con este su despotismo profesoral á la vez los fueros de la bolsa, de la dignidad y de la conciencia. El Estado-docente, convertido en mercachifle de asignaturas, las da á trueque de buen dinero, falsificadas y envenenadas; y no se avergüenza de practicar él, el dios-Estado, lo que castiga cada día en cualquier adulterador de los artículos de comer y beber. Y el padre, el pobre padre ha de pagar con su oro el envenenamiento moral de su hijo, y ha de consentir en el riesgo por lo menos de tal envenenamiento si ha de darle carrera, porque el Estado masónico ha cortado todos los caños del agua de la ciencia, obligando á los ciudadanos á que no puedan beber más que

de la suya mefítica y envenenada, para adquirir un diploma facultativo ó profesional. Es tiranía semejante á la que usaban en los postreros tiempos de la persecucion contra el Cristianismo los emperadores romanos, cuando colocaban ídolos en los puestos de vender artículos de primera necesidad en el mercado público, y exigían la adoracion del ídolo antes de hacerse cada ciudadano con la carne, el vino ó el pan que diariamente necesitaba. Que es puntualmente lo que de los tiempos del Anticristo tiene anunciado en profecía el Apocalipsis de san Juan, cuando dice que vendrá tiempo en que nadie podrá comprar ó vender si no admite sobre sí el sello ó refrendo de la Bestia, que puede muy bien significar la Revolucion.

Así acontece ya en la Enseñanza oficial dispensada únicamente por mano y bajo el refrendo de la Masonería. Nadie podrá ser abogado, médico, ingeniero ó cosa así que no haya pasado por los laminadores de esta máquina oficial que ó le masonice por completo, ó por lo menos le borre y apague todo el vigor y virilidad de su

convicción cristiana. El Estado masónico quiere las conciencias, que proclama libres, como la moneda; esto es, que no circule sino con la marca de su cuño ó troquel. Que la Iglesia exija esto para los *suyos*, que al fin *suyos* son y quieren serlo, eso se llama despótica opresion y cadena del pensamiento. Que el Estado masónico haga lo propio con las inteligencias que por otra parte proclame libres y emancipadas, eso es noble, generoso, liberal; con el aditamento de que aquí el que ha de verse oprimido por tan inicuo procedimiento se ve obligado para mayor vergüenza á ponerse y pagarse él mismo la ignominiosa argolla.

Así pasa hoy en el mundo, y así pasa en Europa, y así pasa ¡oh padres católicos! á los hijos de esta católica nacion. Gritos de alarma dan cada dia el Episcopado y la prensa sana, denunciando discursos y libros de texto que el católico paga con su dinero para que la Masonería robe con ellos la fe sus almas. No se diga que exageran unos y otros, pues no llegan á decir sobre esto ni la mitad de la mitad de lo que hay.

La red masónica está en este ramo tan hábilmente tramada como universalmente extendida por toda la nacion. O en la escuela primaria, ó en el Instituto, ó en la Universidad, apenas hay alma que no vea peligrar su fe en alguna de sus infinitas mallas. Eso no hablando más que de la enseñanza oficial; que si fuéramos á examinar la que se da en toda esa multitud de ateneos, círculos, academias y bibliotecas populares, que casi todas son (á excepcion de las francamente católicas) puras sucursales del Masonismo, ya ven nuestros amigos cuánto nos pudiéramos alargar.

En suma, que el diablo con toga de catedrático reina hoy en el mundo y es causa de su estrago principal. ¿No dice esto ya con suficiente elocuencia que en este terreno es donde han de procurar librarle presto, muy presto, la principal batalla todos los buenos católicos?

XVII.

Cuán diferentemente enseñan sobre Beneficencia el
Masonismo y el Catolicismo.

MAMBIEN en eso como en todo anda el criterio francamente masónico en directa oposicion al criterio francamente cristiano. Sólo que aquí es el trabajo del enemigo mucho más artero, y la confusion por él introducida en el campo social, mucho mayor. Aquí lleva el demonio de la Masonería el embozo hasta los ojos, por decirlo así; lo cual es causa de que lo tomen bonachonamente como ángel de la verdadera caridad áun muchas personas que en otras materias son bastante listas para comprender desde luego su infernal artificio. Aquí es frecuente tomar por suaves reflejos de luz celestial lo que no son sino siniestras llamaradas del fuego de los abismos. Aquí la falsificacion es todo lo posiblemente ingeniosa, hasta el punto de

que el oropel y el estaño circulen á veces en el mercado de la vida social con iguales derechos y aceptacion de moneda legítima que el oro y la plata más depurados.

La causa de esto, si bien lo consideramos, es lo delicado de la materia sobre que se ejerce dicha falsificacion ó adulteracion. En otros ramos necesita el enemigo sustituir un vicio á una virtud, y para eso dar á aquel los colores y apariencia de ésta, lo cual, como se ve, es difícilillo. Aquí con menos basta. El sentimiento natural de compasion que nos inspiran las aflicciones y necesidades de nuestros semejantes es de suyo materia simpática y hasta de bello aspecto para seducir á cualquier incauto, aún despues de habersele quitado la auréola del sobrenaturalismo. Aquí el naturalismo presenta algo de noble y elevado que le permite tomar ciertos falsos visos de divino, aún cuando mayores esfuerzos hace para prescindir de Dios y aún para hostilizarle. Es, pues, este un campo de operaciones el más abonado para la seducccion, y la ejerce en él la Masonería de tres maneras:

1.^a Desvia la consideracion del hombre de las necesidades primarias de su hermano, cuales son las de su alma, para hacérsela fijar tan sólo en las de su cuerpo, que por ser más tangibles y más visibles aparecen más apremiantes.

2.^a A semejanza de este objetivo falsificado ó por lo menos mutilado, propóncelo igualmente una serie de estímulos meramente humanos, cuales son, ó la mera satisfaccion de un femenino sentimentalismo, ó la más grosera aún del amor propio y de la vanidad y respeto humano.

3.^a Consiguientemente al carácter meramente terreno de tales estímulos, sugiérele medios de ejercer la caridad, meramente terrenos, subordinados á moralidad meramente terrena y por tanto nada escrupulosa.

Hé aquí los tres puntos de vista que á nuestro humilde sentir caracterizan la Beneficencia masónica, vulgarmente llamada filantropía, y la constituyen en oposicion directa á la Beneficencia cristiana, única que puede adornarse con el santo título de caridad. Caridad que, al revés de lo que

en su disfrazado enemigo hemos visto, se distingue por las condiciones siguientes:

1.^a El hombre completo, todo el hombre, es decir, su cuerpo y su alma, es su objetivo; pero el fin supremo del alma es su norte superior.

2.^a El amor de Dios y el sentimiento del deber son su principal estímulo, y en consecuencia en todos sus actos incluye motivo sobrenatural.

3.^a Sus procedimientos son en todo ajustados á la divina ley, y por lo mismo en nada ni en un ápice reñidos con los dictámenes de la moralidad más estricta.

Estos tres puntos de vista, el masónico y el católico, acerca la Beneficencia, iremos desarrollándolos y contraponiéndolos y avalorándolos en los próximos capítulos, que, como pueden entrever ya nuestros lectores, son de un carácter práctico incontestable y hoy día de suma oportunidad.

XVIII.

Examinase el primero de los tres puntos señalados.

QUO al tratar del socorro de las necesidades del prójimo difieren ya de buenas á primeras el Masonismo y el Catolicismo en el modo radical de apreciar estas necesidades. Para el Masonismo, que es el naturalismo, no tiene el hombre más necesidades que las de su vida natural; éstas son las superiores en él, ó mejor dicho, éstas son en él las únicas. Todo el fin del hombre, segun el naturalismo masónico, está en sí mismo y no sale de la esfera de esta su vida material y terrestre. Son, pues, únicas necesidades atendibles en el hombre las que se refieren á su cuerpo y á lo más á su inteligencia, en lo que tiene relacion con las verdades de la humana filosofía. De aquí infiere con muy recta lógica, aunque sobre muy falsa base, el Naturalismo, que el sufrimiento, ya físico, ya moral, es

para la criatura humana el mal por esencia, ya que mirándolo únicamente con relacion al bienestar terreno no puede concebirse de otra manera. De ahí que toda Beneficencia masónica ó influida por el Masonismo tenga por único objetivo librar al hombre de este su sufrimiento ó aliviársele por lo menos, sin pasar absolutamente más allá, pues no existen otros horizontes para su menguado anteojo. Cree, pues, buenamente el falso caritativo que ha hecho mucho, ó mejor que lo ha hecho todo, cuando ha acallado el hambre del indigente con un pedazo de pan ó ha cubierto la desnudez de sus carnes con mediano abrigo, ó ha remediado algun tanto sus dolencias con el tratamiento médico ó quirúrgico que prescribe la Facultad. Y cuando esto no logra se reconoce de todo punto impotente para otra cosa más alta, y en rigor no puede exigirse más del que no ve en el hombre sino su exterior envoltura.

El Catolicismo tiene del sér humano concepto muy superior, y por tanto toma el asunto de muy distinta manera. Ve en

él su cuerpo y ve en él su alma, y por tanto distingue en él dos órdenes de necesidades y de aficciones, y prescribe por tanto para él dos clases de obras de Beneficencia, que en su Catecismo llama con palabra tiernísima obras de misericordia corporales y obras de misericordia espirituales. Y como reconoce la supremacía del alma sobre el cuerpo, así reconoce muy lógicamente que las obras corporales son de categoría inferior á las espirituales, y deben estar subordinadas á éstas, bien que pueden casi elevarse á su rango si se les pone un fin espiritual, además del motivo superior de fe que á todas debe animar. Y discurre de esta manera y discurre muy bien. El fin supremo del hombre y el más noble y el único importante, porque es definitivo, es el de su alma inmortal, que ha de salvar y que puede perder: luego toda obra de beneficencia, sea cualquiera la miseria ó aflicción que con ella se trate de remediar, ha de poner principalmente la mira en este fin último del hombre, y considerarse principalmente como medio para dicho nobilísimo fin. El pan que se da,

pues, al hambriento, y el vestido con que se cubre al desnudo, y la visita y la medicina con que se alivia al enfermo, tienen por fin inmediato y por decirlo así tangible, acallar su hambre, abrigar su desnudez ó remediar su achaque; mas deben tener por fin último y superior el mejorar su alma y enderezarla á la consecucion de los bienes propios de ella, que son la verdad y la gracia de Dios, y en postrer término la eterna bienaventuranza. Lo cual ciertamente no hace que valga menos ó que se dé con menos espontaneidad y largueza aquel auxilio material que se da; hace sí que se dé de un modo más digno del hombre y de su nobilísima condicion; hace que se dé, no como se daría á un perro ó á un caballo á quienes quisiésemos únicamente salvar la vida, sino como debe darse á un sér racional para quien se desea tras el presente pasajero consuelo el goce de la suprema felicidad.

Esto por lo que toca á las necesidades que pueden ser en algun modo socorridas y á los dolores que en algo pueden ser aliviados,

Mas cuando la necesidad es de tal suerte que ningun humano recurso la puede satisfacer, y la espina del dolor es tan honda que ninguna mano de hombre la puede arrancar, ¡ah! entonces, entonces es cuando clarísimamente se echa de ver lo vano y deficiente y estéril de la beneficencia puramente humana, y lo sublime y fecundo y poderosísimo de la verdadera caridad. Entonces es cuando la luz de la fe desenvuelve á los ojos del atribulado toda su filosofía sobre el dolor, enseñándole, en primer lugar, que es transitorio y que de consiguiente no tiene el carácter de mal absoluto y cerrado á toda esperanza: en segundo lugar, que es meritorio y que puede ser y ha de ser (debidamente sufrido) principio y semilla de dicha sin fin: en tercer lugar, que es satisfactorio, es decir, que sirve admirablemente en el plan de Dios para que expiemos y purguemos y paguemos acá en la vida deudas tal vez gravísimas que tenemos pendientes con Su Divina Majestad. Todo lo cual de tal suerte modifica y eleva y en cierto modo transforma el padecimiento á los ojos

del buen cristiano, que le hace mirar la aflicción no sólo ya como tolerable, sino muchas veces (y lo vemos en ciertas almas justas) como deseable y apetecible. Transformación maravillosa, predominio completo del hombre-espíritu sobre el hombre-materia, realizado por la fe y la gracia de Dios, por medio de la eficacia de la verdadera caridad, que es únicamente la sobrenatural y cristiana.

Véase, pues, qué distancia inmensa, infinita, separa de buenas á primeras el concepto católico de la caridad del concepto naturalista ó masónico de la misma. Mas esto, sólo por efecto del distinto modo que tienen ambos de considerar al hombre y su último fin. Verémoslo más claro aún en los próximos capítulos.

XVIII.

Exámínase el segundo de los referidos puntos.

ESENCIALMENTE contrapuesto el Masonismo al Catolicismo en la manera de apreciar el objeto material de la Beneficencia, que es el hombre, no lo está menos en la apreciacion del motivo formal y regla de ella, que debe y puede únicamente ser el amor de Dios. Veamos ahora este segundo aspecto de la cuestion, que no es menos interesante.

El motivo formal de la Beneficencia masónica ó naturalista se reduce al amor del hombre por el hombre mismo, sin consideracion á otra idea superior, por lo cual muy acertadamente se llama tal sentimiento *filantropía*, voz griega que significa amor á la humanidad. La palabra es sonora y retumbante, no lo podemos negar; y tal vez debe á esta su altisonancia musical el efecto que produce en ciertas imaginaciones.

Mas deteniéndonos un poco en examinar su valor ideológico, puede que la encontremos tan hueca y deficiente como aparece pomposa, que tal suele ser por lo comun el escaso meollo intelectual de las grandes palabrotadas.

Amar al hombre sólo por el hombre está expuesto á dos inconvenientes gravísimos, y bien podemos desafiar á todos los filántropos y humanitaristas pasados y presentes á que nos los resuelvan dentro de su menguado sistema. En primer lugar, danse casos (y son los más frecuentes) en que el hombre es de sí muy poco amable, ya se considere física, ya moralmente: y en estos casos si no he de amar al hombre más que por lo que vale el hombre, háganme ustedes el favor de decirme cómo me las compongo yo para fundar en algo el amor que á tales seres poco simpáticos debo tener. En segundo lugar, danse otros casos, tambien bastante numerosos, en que el hombre resulta demasiado amable, y en casos tales si no hay otra ley de amor al hombre que el hombre mismo, ¡oh! entonces peor que peor: díganme entonces uste-

des qué trámites y límites ha de reconocer este sentimiento para no parar en desordenado.

Permítasenos desgranar algo más detenidamente cada uno de estos conceptos.

El hombre, hemos dicho, es frecuentemente un sér muy poco amable. A la vista de todos están los ejemplos, y fuera ocioso despues de ellos entretenerse en largas demostraciones. Físicamente considerado el pobre suele ser repugnante: la miseria casi siempre es asquerosa, y la enfermedad las más de las veces huele muy mal. Los pobres simpáticos y bonitos no suelen hallarse más que en los dramas y en las novelas: en la vida real la casa del infeliz no atrae, sino que repele. Se hacen precisos un esfuerzo y una violencia contra los naturales impulsos de la sensualidad y de la impresionabilidad, para acercarse al lecho del tísico ó al cuartucho ó desvan del por-diosero. Apelamos al testimonio de las personas más abnegadas y más solícitas en la práctica de la caridad. Los que son firmes en eso, lo son por vencerse á sí propios en este natural combate, y en esto consiste

precisamente lo más meritorio de su virtud. Lo cual tiene especial aplicacion cuando se considera en el pobre no su deformidad física, sino, lo que á veces es más sucio, su deformidad moral. Hay pobres buenos en efecto y de nobilísimo y agradecido corazon; pero los hay malos y perversos por desgracia, y viles y ruines y que no saben pagar los servicios que reciben sino con negras ingratitudes. Y no obstante éstos han de ser amados tambien, y han de serlo por el verdadero caritativo mucho más que los otros, por cuanto no se les ha de auxiliar solamente en su necesidad física, sino corregirlos en su deformidad moral. Y aunque revuelva el estómago acercarse á una de esas envilecidas criaturas, hay que acercarse á ellas, y hay que estrechar aquella mano que á veces puede traer consigo hasta la deshonra, y hay que apretar al corazon propio aquel otro tal vez pestilente y corrompido corazon. Dígaseme, pues, ahora: cuando ni física ni moralmente es amable el hombre, sino que física y moralmente es antipático y despreciable y aborrecible y tal vez condenable, si no debe

amarse al hombre más que por lo que merece el hombre, ¿cómo puede amarse á un hombre de este tenor? Discúrralo cuanto quiera el Naturalismo, no encontrará motivo suficiente para que se haga bien á esas criaturas, si no se les hace por lo que vale tal buena obra á los ojos de Dios nuestro Señor.

Veamos ahora el viceversa de este asunto.

Danse miserias en que el necesitado no es por desgracia poco simpático, sino que por desgracia lo es demasiado. Pongamos el caso no raro de que es una mujer en determinadas condiciones de humano atractivo la que necesita el auxilio de un hombre, ó un hombre en los bríos de su mocedad el que necesita ser socorrido por la mano blanda y frágil de una mujer. Si la Beneficencia ha de ser puramente humana, como dice el Naturalismo, ¿quién regula aquí los naturales impulsos del corazón? Y cuenta que no hablamos aquí sino de este loco de más nobles instintos, pero loco al fin. ¿Quién los contiene, quién los enfrena si se extravían? Si en aquel primer caso se necesita del motivo de fe como de esti-

mulante divino, ¿no es cierto que en este segundo se necesita del motivo de fe como de divino moderador? ¿Qué hombre discreto enviaria nuestras jóvenes y angelicales *Hermanas de la caridad* á la viciada atmósfera de los campamentos militares, que tan poco se parecen á un claustro, si no fuese con este divino salvoconducto? ¿Y qué propagandista católico ó qué jóven sacerdote atravesaria impunemente para su alma la zona de ciertos focos de hediondez sin esta salvaguardia? ¿Y cómo en ambos casos podria practicarse, no ya con verdadero fruto, sino sencillamente sin gravísimos riesgos, la nobilísima pero delicadísima y fragilísima virtud de la caridad?

Creemos haber dicho bastante para que se nos comprenda y para que aparezca claramente que, si para algo se necesita no solamente creer sino pensar mucho en Dios, es para ser verdaderamente caritativo. Así con profunda filosofía lo ha enseñado siempre la Religion, y con certera y nunca desmentida experiencia se lo ha confirmado la práctica. Amar al hombre por sólo el hombre, y amarle bien, es fórmula más fácil de

ser escrita en los libros masónicos y de ser ampulosamente desarrollada en los alegres banquetes de las logias, que de ser planteada en la clínica de los hospitales y en las zahurdas del arrabal de los grandes centros de población. Amar al hombre por sólo el hombre y amarle bien, son dos conceptos en la práctica irrealizables. Y la prueba evidente de ello está en que nunca en la práctica se ven realizados. El hombre rara vez siente por sólo el hombre más que desden sumo, cuando no profunda aversión, en los casos en que no siente por él arrebató puramente sensual y pasión grosera.

Y la razón es muy clara. El hombre por sólo el hombre no es en el fondo ni es lógico que sea más que el hombre por su propio interés. Sin la idea de Dios ¿quién, en efecto, es únicamente prójimo mío sino yo mismo? El egoismo es, pues, la consecuencia indeclinable del principio naturalista. Ahora bien: este egoismo humano suele tener dos formas brutales á cual más: la del desprecio, cuando mi hermano me es indiferente ó repulsivo; la del grosero apetito,

cuando mi hermano excita mi pasión. Y para ambos achaques carece, como hemos visto, de remedio la filantropía naturalista.

Y sin embargo, grita y alborota y hace de las suyas esta falsa caridad. ¿Cómo, pues, se provee de estímulos para sus obras? ¿Cómo y con qué plomo y nivel las regula y ordena? Eso veremos, con más extensión de la que pudiéramos aquí, en el próximo capítulo, y por ello acabaremos de conocer aún más al vivo las esenciales diferencias que distinguen á la verdadera de la falsa beneficencia, á la católica de la masónica, á la de Dios de la del diablo, su mona y su parodia.

XX.

Se declara el tercero de los puntos sobredichos, que es hoy el más práctico.

ESTABLECIENDO la Beneficencia sin el amor de Dios por estímulo, y sin la ley de Dios por regulador, claro está que tiene que buscar el Masonismo dichos estímulos

y reguladores en otra parte. Aquí de su ingenio. Estamos de lleno en el exámen del cuadro que ofrece ante nuestros ojos la llamada filantropía ó caridad natural.

Cuesta al hombre desprenderse de lo suyo para dárselo sin más ni más á otro hombre. Para que se resuelva, pues, á este costoso sacrificio, hay que ofrecerle una compensacion. El Catolicismo se la ofrece de presente con la ventaja del mérito, y de futuro con la perspectiva del premio. Los que excluyen á Dios de la Beneficencia no pueden reconocer en ella este mérito sobrenatural ni este galardón prometido. Han de buscarle, pues, al hombre compensaciones en la presente vida, y se las ofrecen del modo siguiente:

En primer lugar, excitando la sensibilidad natural, que en todo hombre, aún en el más depravado, no puede menos de conmoverse algún tanto á la vista de las aflicciones ajenas. Este recurso es de todos los meramente humanos el más noble, pero es tan débil por sí solo que únicamente produce algún acto en favor del necesitado cuando no son precisos para prestárselo

graves sacrificios; que entonces entre ver sufrir á su hermano é imponerse el hombre á sí propio algun sufrimiento, claro está que optará por lo primero si no le mueve y obliga razon de órden superior.

Segundo, lisonjeando la vanidad con el aplauso público, haciendo que sepa todo el mundo que el tal caballero ó señora son hidalgos y generosos y han obrado tales ó cuales actos de abnegacion en pro de sus hermanos, lo cual deja de ser acto de caridad para pasar á ser alarde de amor propio.

Tercero, amenazando con el ridículo del respeto humano á quien no suelte de buen ó mal grado los cuartos que se le piden, cuartos que se dan al fin murmurando y á regañadientes, no con afecto de fraternal compasion al necesitado, sino tal vez maldiciéndole por el aprieto en que nos pone con su exigencia. Y de eso estamos hartos de ver ejemplos, desde las suscripciones oficiales ó sean donativos voluntario-forzosos que por el Gobierno se imponen con motivo de públicas calamidades, hasta las Comisiones que en forma más ó menos auto-

ritativa recorren á veces los barrios con idéntico objeto.

Cuarto, cuando ni eso es suficiente, es decir, cuando el rico no se resuelve á socorrer al pobre por estímulo de su sensibilidad natural, ó por impulso de la vanidad, ó bajo la presion del respeto humano, no se desalienta por eso el Masonismo: conoce muy perfectamente los resortes todos del hombre-bestia (*animalis homo*), y no dejará de recorrerlos en toda su extension. Ape-la entonces á su frivolidad, y á cambio de la limosna que quiere sacar de su bolsa, ya que no puede decirse se la saque de su co-razon, ofrécele lo más tentador porque es lo más grosero: goces. Y para esto abre como público mercado de sensualidad para cotizar en él á tenor de todos los gustos las obras benéficas: dando por ellas gorgoritos á quien se pague de eso; piruetas más ó menos acancanadas á quien tenga menos fino el paladar; sonrisas y favores de mu-jeres á quien hasta eso necesite para aflo-jar la bolsa. Vese entonces lo que nadie acertara á creer si no lo viésemos con nues-tros propios ojos. Las grandes calamidades

nacionales, los grandes lutos de la patria, parecen producir en las almas igual efecto que los más gloriosos triunfos de ella, pues se traducen igualmente al exterior por regocijos y diversiones: hasta tal punto la falsificación de la caridad ha llevado el trastrueque á los más ingénitos sentimientos del hombre; de tal suerte ha venido éste á desnaturalizarse y á caer en lo anti-natural, á fuerza de querer huir del sobrenaturalismo cristiano.

Observen nuestros lectores la escala descendente de esos estímulos naturalistas á que se ha debido acudir para suplir el estímulo sobrenatural. Primero, las emociones ó impresionabilidad de los nervios: segundo, el afán del aplauso: tercero, el miedo al ridículo y á la censura: cuarto, el apetito de goces. De suerte que por no querer tener la caridad hija del cielo y con los perfumes del templo, se acaba por ir á buscarla en las pasiones más bajas del hombre y casi casi entre las basuras de la prostitucion.

Con lo cual se ve bien claro cuán poca nobleza primero, y luego cuán poca consistencia ha de tener una beneficencia de

este jaez. Limosna por tales medios procurada es lógico desde luego que se quede en simple limosna material. El que por tales estímulos da, da á lo más un duro ó una peseta, no da un rasgo del corazón con que alentar al pobre, elevarle á su igual, mirarle y tenerle y abrazarle y consolarle como á hermano. Mucho menos irá á venerarle y servirle, como á imagen de Dios. Se da de esta manera como se echa un mendrugo á un perro para que se largue de delante, ó como se paga al Gobierno la papeleta de contribucion. Caridad de esta clase es además caridad fugaz, caridad de llamarada, fuego fatuo de un momento, ó cohete artificial que no dura más que el rato de la fiesta para que se dispara. Unos pocos instantes, bajo la primera impresion de una gran catástrofe, bajo las exigencias de la opinion pública excitada, se hace algo, se recoge alguna cantidad; luego despues vuelven á recobrar sus antiguos derechos el nativo egoismo y la habitual indiferencia. Nada de obras que exijan perseverancia, nada de empresas que necesiten paciencia. No se fundan así las institucio-

nes que viven siglos, como por ejemplo los hospitales y asilos en que se gasta una vida y una fortuna, sino que se hace todo postizo, baladí, interino, al día.

¡Que mucho si á nada de esto ha presidido la idea de Dios y de la eternidad!

XXI.

Prosigue el mismo asunto.

Si la beneficencia sin Dios ha de ser necesariamente, por falta de adecuado estímulo, débil, inconsistente, poco dispuesta á todo lo que sean verdaderos sacrificios, no es menos cierto que por falta de regla y moderador ha de ser indispensablemente poco escrupulosa, nada escrupulosa en sus medios y procedimientos.

¿Qué se propone la beneficencia sin Dios? A lo más sacar de un apuro *material* al necesitado. No teniendo, pues, á Dios como primer motivo, ni como último fin, ni como regulador de los medios para llegar á éste, lógico es que estimará buenos y con-

ducentes todos los procedimientos con tal que le proporcionen un puñado de oro con que salir airosamente del lance. No cabe suponer que por meras razones de humana decencia deje de emplearlos; sobre todo cuando se sabe ya que este criterio de la humana decencia es muy laxo en todas las cuestiones de moral que se ofrecen á su consulta, y lo es mucho más cuando cierta mayor laxitud se puede paliar y aparentemente cohonestar con el pretexto de que se tolera para la obra buena de socorrer apremiantes necesidades.

Alguno de nuestros lectores habrá encontrado tal vez picante en demasía lo que decíamos hace poco, de que cierta caridad moderna no vacila tal vez en buscar sus recursos aún entre las mismas basuras de la prostitucion. Muy lejos estábamos, cuando eso escribíamos, de pensar que á la mano habíamos de tener de ello dato fehaciente poco despues. Nos lo proporciona el mismo diablo, que á veces resulta para nuestros trabajos excelente colaborador: el mismo diablo, digo, por medio de uno de sus más autorizados representantes en la

prensa de esta ciudad. Del cual órgano diabólico tomamos el siguiente suelto, que parece expresamente redactado para dejarnos en buen lugar. Dice así: «Los dos sucesos más curiosos de actualidad han sido una fiesta de caridad en París y un proceso en Alemania. La fiesta de caridad consistió en un concurso de natacion, en que tomaron parte señoras de verdad, es decir, no sospechosas. Se celebró de noche, en el Gimnasio Náutico. Las señoras nadaron públicamente y en competencia. Excusamos decir el público que acudiría á novedad tan exquisita. La caridad lo excusado, segun la moderna doctrina, y ya no nos atrevemos á pensar á lo que pueden atreverse con el tiempo las damas francesas, siempre escudadas por la caridad.»

¿Qué tal? Así es como paso á paso la mera caridad humana estima lícitos y honrados para su fin una porcion de resortes que no podria utilizar en manera alguna al adoptarlos si debiese contar con el severo refrendo de la ley de Dios. Pero, áun descontando eso que no es para olvidado, la práctica de la caridad sin Dios está sujeta toda-

vía á otra clase de inconvenientes que no por ser de orden más rastrero y vil deja de tener aquí oportunidad muy especial. Tales son los que resultan de la defraudacion y malversacion de fondos con que manos poco limpias procuran torcer en provecho propio lo que para necesidades ajenas va destinado. De cual lepra está tan contagiada hoy toda suerte de caridad laica ó civil, que en recientes calamidades hemos podido ver con nuestros propios ojos, hasta á personas nada afectas al llamado clericalismo, volar á poner en manos del Prelado y del Párroco sus donativos, tan seguros de que por este camino llegarían éstos á su verdadero destino, como inciertos de que consiguiesen arribar á él por otros conductos. Sí, el triunfo de la caridad católica sobre su rival y enemiga y falsificadora la caridad masónica ó civil lo hemos podido ver todos patente, espléndido é indisputable con motivo de los últimos terremotos. El buen sentido natural se ha sobrepuesto irreflexivamente en esta ocasion en la mayor parte de los corazones á los prejuicios de secta. Todo el mundo ha comprendido que el hilo

mejor conductor de la caridad desde el corazón del que puede socorrer al corazón del que necesita ser socorrido, y por tanto del bolsillo repleto del primero al bolsillo vacío del segundo, es el hilo de la creencia religiosa, y que todo otro modo de pedir caridad y todo otro modo de aplicarla y distribuirla será tan del día y tan liberal como se quiera... pero no da resultado. Y que en definitiva se necesita creer en Dios y hablar de Dios y pensar en Dios y temer á Dios para dar mucho por el prójimo, y para dar de suerte que salga el prójimo verdaderamente favorecido.

Otro triunfo de igual índole han dado en la vecina nación á la caridad verdadera sobre la caridad masónica las epidemias del año pasado. De aquellos asilos y hospitales arrojó la Masonería á los enfermeros y enfermeras pertenecientes á Institutos religiosos, y puso en su lugar dependientes laicos de muy acendrado republicanismo y los más apartados de todo resabio clerical. Y vino la hora tremenda, la hora, no de cobrar buenos sueldos, sino la de exponer por la salud del prójimo la propia vida... y

aquellos valientes abandonaron casi todos vergonzosamente el puesto, probando que tales soldados no sirven más que para tiempos de paz. Y la Masonería, la Masonería misma, prepotente en la mayor parte de los Municipios y Consejos provinciales, tuvo que pasar por la humillacion de volver á llamar á los religiosos y religiosas que habia arrancado del lecho de los invadidos. Y religiosos y religiosas volaron de nuevo llamados por sus propios enemigos, no á jactarse de una victoria tan gloriosa, no á echarles en rostro su presente inconsecuencia y su antigua iniquidad, sino sencillamente á morir por sus hermanos, como realmente no pocos murieron.

¡Qué lecciones! ¡Ahí las tiene prácticamente el mundo actual, y no pueden dársele por cierto más incontestables! ¡Ahí las tiene al alcance de sus ojos y de sus manos, para que vea y palpe lo que puede y sabe tan fácilmente hacer la caridad inspirada por Dios, dirigida á Dios y regulada por Dios, y lo que no puede ni sabe hacer en modo alguno, por más que lo intente, la caridad obstinada en prescindir de Él!

XXII.

Como andan radicalmente opuestos el Catolicismo y el Masonismo en la manera de apreciar el Arte.

EL Arte fué otro de los puntos en que nos propusimos indicar ligeramente la diversa apreciacion é influencia del Masonismo y del Catolicismo, y vamos á decir algo ahora de esta materia, bien que no con la extension que deseáramos, para no darla á la serie de los presentes capítulos, que la han tenido ya más que regular.

El Arte en sus diversas manifestaciones, como expresion del sentimiento de la belleza ingénito en el hombre, podria llamarse de todos los conceptos humanos el menos humano, ó siquiera el menos terrestre, tan ideal es y tan sublimado y tan allegado á lo divino y celestial. Todos los pueblos, así gentiles como cristianos, han reconocido en el Arte verdadero y en el verdadero artista un *quid divinum* que da á tales obras un carácter que esencialmente las distingue de todas las demás que ela-

bora el ingenio científico ó la hábil industria mecánica. El Arte y el artista viven y alientan y se espacian en region muy más alta y pura que la que rodea al comun de los mortales; ciérnense en horizontes iluminados por lumbré de mayor claridad que la que se goza en las esferas ordinarias de la vida: á lo humano pertenecen, pero son, como hemos dicho, lo menos rastrero del hombre, por ellos es (en el órden natural) por donde muestra más cierta el hombre su estirpe divina, y la chispa de fuego del cielo escondida dentro su frágil vaso de barro por la mano del Criador.

Razon de más para que en este punto procurase el enemigo de Él y de la humana criatura manchar el honor de ambos, oscureciendo con los negros vapores del abismo ó con las siniestras llamaradas de él la pura y serena luz del cielo, que el Arte y el artista tienen la mision de hacer reflejar con sus obras sobre los áridos valles de la tierra. El Naturalismo ó Masonismo tienen aquí un objeto bien fácil de comprender: hacer que únicamente mire abajo lo que el Criador infundió en el hom-

bro para que únicamente mirase arriba; predicar y enaltecer un Arte que sea la expresion de las concupiscencias que embrutecen y bestializan al hombre, en vez de predicarle y proponerle un Arte que sea la expresion de los elevados impulsos que le ennoblecen y dignifican. La materia en cierto modo espiritualizada: esa era, por decirlo así, la fórmula del Arte cristiano. El espíritu en cuanto es posible reducido á viles satisfacciones de carne: hé aquí la divisa del Arte naturalista. Cantar, pintar, esculpir, de suerte que fuesen el verso, el canto, la estatua, el lienzo ó el monumento otras tantas alas con que el hombre se elevase sobre su actual condicion de desterrado á goces superiores, á sentimientos superiores, y en consecuencia á superior norma de ideas y de conducta: ese era el apostolado divino del Arte, que en algunos artistas llegó á ser una como verdadera religion. Cantar, pintar, esculpir, para que resulten más lisonjeras para el sentido las inmundicias de la materia; para que goce más el hombre con lo que le envilece y ensucia; para que se pegue con

más ahinco al lodo, y olvide y hasta deteste con más ciega obstinacion el cielo: ese es el satánico apostolado del Arte impío y enemigo de Dios.

Por estos rasgos se conocerá fácilmente á qué impulsos obedece, y qué fuego, si del cielo ó del infierno, refleja en su frente la mayor parte de lo que se cultiva y expende como *Arte* en nuestros miserables tiempos. Por lo que aleja al hombre de Dios y le abate al cieno gran parte del Arte moderno, se echa de ver muy clara su procedencia y su espíritu, que, pues no son de Dios, han de ser precisamente de su enemigo. Y la Masonería, que es este enemigo universal de Dios, organizado y condensado y constituido, por decirlo así, en vasta conjura de fuerzas enemigas de Dios, es la que pregoná y extiende y fomenta ese Arte vil y envilecedor que bestializa al hombre, en contraposicion al Arte inspirado por la fe cristiana que tiende constantemente á divinizarle. Música, literatura, pintura y escultura son en sus manos y en las de los ingenios que ella desdichadamente inspira, otras tantas encendidas fraguas de grosera

sensualidad y de brutal concupiscencia, que, despues de haber secado con su fiebre el corazon, le dejan endurecido y encallecido para nunca percibir otra más elevada dulzura. Con emociones de carne y de nervios se sustituyen en el alma el goce sereno y purísimo y arrobador que en ella produce la verdadera belleza. En vez del éxtasis intelectual artístico se busca entonces y se consigue la embriaguez y la excitacion nerviosa, que no son sino su falsificacion y su parodia.

Dígasenos: ¿no es este en gran parte el carácter del Arte en nuestros dias? ¿No son estos sus visibles y deplorabilísimos efectos?

XXIII.

Como se ve muy clara la aplicacion de esta doctrina en las diversiones modernas.

POCAMOS ya al fin de estas nuestras sencillísimas indicaciones, mera apun-tacion de ideas, cada una de las cuales necesitaria para su cabal desarrollo mucho

mayor espacio del que á todas juntas hemos podido consagrar.

La aplicacion más comun y práctica de lo que sobre el Arte influido por la perversion masónica exponíamos en el capítulo anterior, vémosla muy clara en las públicas diversiones, y en la novela, ramo especial de literatura que puede y debe tambien incluirse en el ramo de ellas. Sí, las diversiones públicas y la novela moderna son en su generalidad hoy dia Masonismo puro, es decir, producto de la influencia masónica y apóstol y conducto á la vez de ella.

Tenemos la prueba á la vista, y sólo hemos de recordar para comprenderla principios ya anteriormente sentados. El Masonismo no es más que el Naturalismo. Y las modernas diversiones y la moderna amena literatura se esfuerzan años há en no ser más que naturalistas. Resultan, pues, radical y perfectamente masónicas y masonizantes, efecto á la vez y concausa poderosísima de esa horrenda conspiracion de todos los elementos sociales contra el reinado sobrenatural de Dios nuestro Señor sobre la humana criatura y la humana sociedad.

Que es el Naturalismo, y ciertamente el más abyecto, el inspirador de cuanto hoy escribe el hombre ó canta ó expone para solaz de sus hermanos, basta no ser ciego ó míope para verlo en cada cartel de teatros ó en cada prospecto de novelas, de las que se dan á la pública circulacion ó se fijan en las esquinas. Ya no se idealiza lo material, como se entendió siempre ser uno de los objetos primordiales del arte, sino que se materializa lo ideal y se enloda y se empuerca asquerosamente para que resulte digno y apetitoso manjar del hombre-bestia. Una gran parte, casi toda, de los espectáculos y literatura del día son inmundos lodazales que sólo no excitan náuseas á todos los estómagos porque, al compás de aquellos, han contraído éstos la misma grosera enfermedad, la de ser puramente carnales y animalescos. No es solamente la crítica católica quien lo pondera y execra: los mismos doctores del racionalismo contemporáneo en frecuentes intervalos de lucidez y buen sentido lo reconocen y lamentan y anatematizan. Zola en la novela, Echegaray en el arte dramático,

Sara Bernard en la exhibición plástica de éste, son tres tipos que pueden muy bien personificar tres escuelas, que mejor debieran llamarse tres innobles prostituciones. Y reinan hoy y privan casi exclusivamente, y como de la Masonería ha dicho el Papa, ejercen sobre el gusto un poder social que casi puede llamarse soberanía. Eso y casi nada más se lee, eso y casi nada más se oye y se contempla y se aplaude con furor: todo otro pasto artístico é intelectual les resulta soso y desabrido á los paladares habituados á esas salsas de grosero estimulante.

Y hé aquí precisamente un campo donde puede gloriarse la Masonería de reinar aún sobre muchos de sus al parecer más resueltos enemigos. Hiela el alma considerar cuán sin número son las familias católicas, genuinamente católicas, que por este medio de la novela y del espectáculo masónicos respiran y beben y tragan cada día ó cada noche en grandes dosis el veneno del más sutil y refinado Masonismo. En lo que leen y en lo que ven no se les enseña más que el odio al orden sobrenatural cristiano,

ó por lo menos la culta y *sensata* abstraccion de él. Van formando, pues, insensiblemente sus sentimientos, ideas, aficiones y hábitos segun esos moldes naturalistas; con tal criterio se acostumbran á pensar, á sentir, á juzgar y á fallar; y hállanse á la postre en su fuero interno perfectísimos masones del grado superior, aunque nunca en su vida hayan visto triángulos ni usado mandiles ni asistido á cualquiera de los ritos *oficiales* de la secta. ¿Qué importa empero no haber participado del ritual extrínseco de ésta, si se vive perfectamente identificado con su espíritu, hecho prosélito de sus máximas y costumbres, y muchas veces, sin advertirlo siquiera, caluroso y eficazísimo propagandista de ellas? Antes aquí es mayor el daño y de más eficacia la accion, cuanto es más velada ésta y procede de personas de quienes menos se recela el recibirla. Así andan las cosas hoy dia, y eso explica el inmenso predominio del Masonismo científico, literario, artístico y de costumbres en la sociedad actual. Hemos convenido inocentemente en que no son masones más que los que han pasado

por las pruebas grotescas de la iniciación, cuando la realidad es que la secta fía más en el prestigio y en la influencia de los que nunca se han sometido á tales ceremonias. ¿A qué ritos simbólicos? ¿A qué misteriosas logias? ¿A qué tenebrosos clubs? ¡Si todo se lo dan hecho á la Masonería mejor de lo que ella quisiera muchísimos de los miserables católicos de hoy! Por esto, como al principio dijimos, y este es el verdadero concepto de nuestro presente trabajo, más grave peligro es en el siglo actual el Masonismo que la Masonería. Nos place repetirlo. Podría muy bien enflaquecerse ésta y aún desaparecer del cuadro de las instituciones, quedando y aún reinando aquel con absoluto y casi exclusivo predominio, como hoy por desdicha nuestra empieza ya á suceder.

EPÍLOGO.

Este fué el plan de nuestras reflexiones, y por esto nos detenemos aquí, sin extendernos á otras mil que asoman en estos momentos á la punta de nuestra pluma, y que nos harían en esta materia interminables. Parécenos queda bien probado nuestro tema, ó sea la incompatibilidad radical y absoluta entre el Masonismo y el Catolicismo, para lo cual hemos ido examinando sucesivamente la opuesta solución que dan ambos á todos y á cada uno de los problemas filosófico-sociales planteados hoy día en Europa. Resta únicamente oír sobre esto la voz más competente de todas, después de la del soberano Maestro que desde Roma nos ha hablado con tanta precisión y claridad en su famosa Encíclica del año pasado. Resta que nos lo diga con mayor autoridad que nadie la propia Masonería, á fin de que se decidan á creerlo hasta aque-

llos católicos más ciegos ó más tercos á quienes no haya podido aún convencer la palabra del universal oráculo del Vaticano, y que necesitan para salir de su extraño ambigüismo el fallo para ellos quizá más autorizado del mismo diablo, oráculo de las logias.

Sí, éste ha hablado también y ha dado fe de la verdad de las afirmaciones pontificias, para vergüenza de tantos llamados católicos obstinados en tenerlas por exageración y pesimismo. Sí, es la mano oficial de la Masonería la que ha escrito y publicado en uno de sus *Boletines* más respetables (*Bulletin Maçonique de la grand Loge Symbolique Ecossaise*) las siguientes frases de horrible exactitud. Vean en ellas todos nuestros lectores la síntesis y la confirmación á la vez de cuanto hemos escrito nosotros sobre este asunto:

«LA FRANCMASONERÍA (dice) NO PUEDE MENOS DE AGRADECER AL PONTIFICADO SU ÚLTIMA ENCÍCLICA. LEON XIII, CON UNA AUTORIDAD INCONTESTABLE Y GRAN LUJO DE PRUEBAS, ACABA DE DEMOSTRAR UNA VEZ MÁS QUE EXISTE UN ABISMO INFRANQUEABLE ENTRE LA IGLE-

SIA DE QUE ES REPRESENTANTE Y LA REVOLUCION DE QUE LA FRANCMASONERÍA ES EL BRAZO DERECHO. BUENO ES QUE LOS QUE VACILAN DEJEN DE ALIMENTAR VANAS ESPERANZAS DE CONCILIACION. ES PRECISO QUE TODOS SE ACOSTUMBREN Á COMPRENDER QUE HA LLEGADO LA HORA DE OPTAR ENTRE EL ÓRDEN ANTIGUO QUE SE APOYA EN LA REVELACION, Y EL ÓRDEN NUEVO QUE NO RECONOCE OTROS FUNDAMENTOS QUE LA CIENCIA Y LA RAZON HUMANA; ENTRE EL ESPÍRITU DE AUTORIDAD Y EL DE LIBERTAD.»

A. M. D. G.

ÍNDICE.



	PÁGS.
Introduccion.	5
I.—¿A qué esa nueva condenacion que de la Masonería y de sus doctrinas acaba de pu- blicar en la Enciclica <i>Humanum genus</i> el Ro- mano Pontífice?—Si son iguales Masonismo Masonería.	41
II.—De la existencia en el mundo actual de ese horrible foco de anticristianismo que se llama la Masonería.	48
III.—Si es realmente tan influyente y de tan- to valer como se supone en el mundo ac- tual la Masonería.	29
IV.—¿Pero no se dice por ahí por quien pue- de saberlo que la Masonería es una mera asociacion de beneficencia?	35
V.—En que se confirma, con una observacion muy al caso, lo dicho en el capítulo ante- rior.	41
VI.—De la Masoneria bajo su aspecto doctri- nal, ó sea del Masonismo, objeto preferen- te de este opúsculo.	47
VII.—Concepto intrínseco de la Masonería ba-	

jo su aspecto doctrinal, ó sea esencial concepto de toda la enseñanza masónica. . .	52
VIII.—Aclárase más el concepto intrínseco y fundamental del Masonismo, y su oposicion esencial al Catolicismo.	58
IX.—De cuál sea la oposicion radical entre el Masonismo y el Catolicismo en el modo de apreciar el concepto de la Religion. . . .	62
X.—De otro punto en que radicalmente se opone el Masonismo al Catolicismo, cual es el modo de considerar el Estado civil. . .	69
XI.—De lo que difieren el Masonismo y el Catolicismo con respecto á la constitucion de la Familia.	76
XII.—Del modo radicalmente opuesto con que consideran el Masonismo y el Catolicismo los derechos de la Patria potestad. . .	84
XIII.—De cuán esencialmente contradictorios entre sí son los criterios con que discurren sobre la Propiedad el Masonismo y el Catolicismo.	90
XIV.—Cuál es el concepto masónico y cuál el católico sobre la pública Educacion. . . .	97
XV.—Qué piensa el Masonismo sobre la Enseñanza oficial y qué el Catolicismo. . . .	402
XVI.—Prosigue esta misma importantísima materia.	408
XVII.—Cuán diferentemente enseñan sobre Beneficencia el Masonismo y el Catolicismo.	414

XVIII.—Examinase el primero de los tres puntos señalados.	418
XIX.—Examinase el segundo de los referidos puntos.. . . .	423
XX.—Se declara el tercero de los puntos sobredichos, que es hoy el más práctico. . .	431
XXI.—Prosigue el mismo asunto.. . . .	437
XXII.—Cómo andan radicalmente opuestos el Catolicismo y el Masonismo en el modo de apreciar el Arte.	443
XXIII.—Como se ve muy clara la aplicacion de esta doctrina en las diversiones modernas.. . . .	447
Epilogo.	453
